Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX — San José, Costa Rica — **1930** — Sábado 22 de Marzo — Núm. 12

Año XI. No. 484

SUMARIO

La vuelta del expatriado

Unamuno en España

=De *El Sol*. Madrid=

¡Albricia, Alvar Fáñez, ca echados somos de tierra, mas a gran honra tornaremos a Castiella!

(Poema de Mio Cid, *Cantar del Destierro.)*

¡Albricia! ¡Sí, albricia!... ¡Tú, Alvar Fáñez, el de siempre, el español cabal, el eterno, lo mejor de la raza; el varón leal, entusiasta, abnegado, justiciero; el que, en el siglo XI, anteponiendo la ley al Rey, seguiste al Cid en el destierro. y ahora, en el siglo XX, te sentiste espiritualmente al lado de Unamuno en la expatriación!...

¡Albricia, Alvar Fáñez! Ya pisa don Miguel la tierra española. «¡Oh, mi Vizcaya marina!...» Vuelve a los soportales de aquella plaza Nueva de Bilbao, perfumados por el recuerdo de las magnolias de su mocedad. Regresará otra vez a las arcadas churriguerescas de la plaza Mayor de Salamanca, doradas por el sol de su madurez.

Helo ahí, en su Bilbao, la invicta, donde él, en sus primeros años, vió caer las granadas del bombardeo carlista, bélico cerco del absolutismo y de la teocracia, siempre dispuestos a renovar, aun sin cañones, el asedio a la libertad. Hélo ya de retorno, más blancos los cabellos, más blanca la barba sobre aquel chaleco oscuro, cerrado hasta arriba como un alzacuello sacerdotal; más encendidos los ojos tras los cristales de las gafas... Y allá, a lo lejos, le aguarda su Castilla, no menos suya que Vizcaya; «Castilla la gentil», con sus campos de labor y sus encinas, sus campanarios grises y las cúpulas de la catedral en la vieja ciudad universitaria... «¡Oh Salamanca, entre tus piedras de oro!...»

«¡Más a gran honra tornaremos a Castiella!..» La vuelta de Unamuno a España tiene un valor nacional. Es Unamuno, en primer término, un gran patriota. En su alma y en su pluma la patria adquiere un sentido mucho más profundo que el que suele tomar en labios retóricos. Sin Unamuno no estaría completa España. Y también esta afirmación encierra más hondo sentido de lo que a primera vista parece.

Pensemos un instante que España, como principio espiritual, reside en nuestras conciencias. La comprendemos, la interpretamos, la amamos. Cada español, todos los españoles llevamos en el alma la idea de España. Pues bien: si cada uno de



Miguel de Unamuno

Retrato de *Maurice Fromkes*

nosotros analizara esta idea, su concepto de España, su visión de España, hallaría que, acaso sin sospecharlo, había en ella muchas notas y rasgos que, directa o indirectamente, proceden de las páginas de Unamuno. Aun los que no las leyeron, cuando se ponen a hablar del carácter español, o del paisaje castellano, o del Quijote y nuestros clásicos, o de lo castizo frente a lo europeo, o de cualquiera de nuestros problemas morales, utilizan, sin saberlo, puntos de vista, formas del pensar, frases enteras que, en último término, tuvieron su origen en aquella amplia celda de Unamuno, en la casa rectoral de la Universidad de Salamanca... Por eso, sin él estaría España internamente incompleta.

¡Albricia, Alvar Fáñez de Minaya! Helo ya aquí. No está ya la patria idealmente mutilada. La tierra que él pisa es tierra española. Helo aquí, caminando y dialogando como antaño, repitiendo la ruta de su juventud entre los montes vascos y las torres de Castilla...

———

«Echados somos de tierra...» Recordemos ahora a Unamuno emigrado en París, después de su deportación a Canarias.

Aquella sala, un interior muy francés, se hallaba en un viejo rincón de la *Cité*, entre la mole gótica de Notre-Dame y las aguas oscuras del río, donde oscilaban las luces nocturnas. Allí había una pequeña reunión literaria a la que Unamuno estaba invitado. Presidía, con su autoridad espiritual, el austero Paul Desjardins, que nos recordaba un poco a nuestro Giner de los Ríos. A su lado, escritores todavía jóvenes, conciencias en vela, como Martin du Gard o como Baruzzi, el historiador de San Juan de la Cruz.

Poco a poco fueron quedando todos en silencio, pendientes sólo de la voz de Unamuno. Hablaba de España, de su España, del misticismo ibérico, del ansia de eternidad. Animándose progresivamente, de la prosa ascendió al verso. Iba traduciendo al francés, frase por frase, algunas de sus poesías. La misma rigidez de la versión improvisada daba mayor fuerza a los pensamientos y las imágenes.

¡Qué evocación de temas españoles! De la penumbra de alguna de nuestras capillas parecía surgir la santa imagen del Crucificado, escultura primitiva, con el duelo de los negros cabellos sobre el rostro, lleno de sangre el lacerado cuerpo, torcido sobre el madero del dolor... Y luego brillaba a la luz del cielo castellano aquella inolvidable carretera de Zamora desde donde se contempla, allá abajo, como un remanso de paz, la histórica Salamanca requemada de sol y patinada de siglos...

¡España! ¡España! Era España que Unamuno sacaba de su alma así, de pronto, al conjuro de unas estrofas que, al fin, ya don Miguel recitaba en la propia lengua original, allá lejos, junto a los muelles cosmopolitas del Sena...

Era España. Salamanca, el campo de San Francisco, la chopera del Tormes y las sobremesas en su cuarto de trabajo, en aquella casa contigua a la Universidad... ¡Veinte años antes! La reunión de

París hacía aflorar desde el fondo de la memoria los recuerdos de alguna otra reunión intelectual—cuatro lustros ya pasaron...—tenida en la celda del rector de Salamanca. Allí, alrededor del maestro, se agrupaban antiguos discípulos, jóvenes apasionados por las letras y por las ideas.

Don Miguel hablaba entonces de la cultura universal. Era quizás la discusión entre Harnack, el teólogo alemán, y el famoso abate Loisy sobre la esencia del cristianismo. O acaso había releído aquel día las poesías de Novalis, o los discursos de Channing, o las confidencias de Sénancour o de Kierkegaard, y al glosarlas genialmente removía la quietud local con los pensamientos de la humanidad entera. Él, en París, sería España, y en España, la conciencia del mundo...

¡Helo aquí de nuevo! ¡Albricia, Alvar Fáñez!... «¡Ojalá una verdadera juventud, animosa y libre—escribía antaño Unamuno—, rompiendo la malla que nos ahoga y la monotonía uniforme en que estamos alineados, se vuelva con amor a estudiar el pueblo que nos sustenta a todos, y abriendo el pecho y los ojos a las corrientes todas ultrapirenaicas y sin encerrarse en capullos casticistas, jugo seco y muerto del gusano histórico, ni en diferenciaciones nacionales excluyentes, avive con la ducha reconfortante de los jóvenes ideales cosmopolitas el espíritu colectivo intracastizo que duerme esperando un redentor!»

Luis de Zulueta

La Habana, ciudad alegre y cordial

(Envío del autor)

Mucho había leído y mucho me habían contado sobre esta ciudad maravillosa. Pero es fuerza confesarlo: libros y amigos se quedaron cortos en el capítulo de las alabanzas. De ahí, que la Capital cubana se presentara ante mí con relieves incógnitos, como urbe totalmente desconocida, plena de encantos y seducciones insospechados.

Vista desde el *Mexique*, anclado en la bahía, en paraje próximo a la histórica fortaleza de *El Morro*, la Habana con su *Malecón* circundante y sus construcciones babilónicas (vulgo rascacielos), se asemeja un poco a Nueva York. A una Nueva York llena de luz, de gracia y de color. Ciclópea y mediterránea a un tiempo. Punto de intersección de la pesadez anglosajona y la aérea elegancia latina. En ella conviven, fraternalmente, Ariel y Calibán.

Hago merced al lector de inútiles disquisiciones, y por eso voy a sintetizar los rasgos esenciales de la Metrópoli seductora:

Cortesanía.—Lo primero que se advierte al desembarcar en la Habana, es la inconfundible cortesía de sus habitantes. Pocas venias, pocas palabras melosas. Sí un vehemente deseo de hacerle grata al visitante su permanencia en la ciudad. Los agentes de policía, por ejemplo, se acercan a él espontáneamente para indicarle lo que debe pagar por la carrera en automóvil hasta el hotel, y en éste—según su categoría—por cuarto y alimentación.

No quiero dejar pasar en este punto la perorata de un mulatito resimpático, que entró en mi camarote, decidido a que le confiara la traslación de mi equipaje desde el buque hasta la Aduana. Como insistiera yo para que me fijara precio, anticipadamente, por tal servicio, me respondió casi ofendido:

—No se preocupe por eso, señor. Adivino que es usted de los nuestros; es decir, hispanoamericano. Me puede pegar, pues, desde un centavo hasta lo que buenamente guste. Yo trabajo por puro amor al oficio y me indemnizo de lo que pierdo con los *míos* desplumando a los turistas yanquis!»

Otro rasgo: una tarde en que me paseaba por la Calle 17 de *El Vedado* y en que, como de costumbre, caminaba por un lado del arroyo leyendo un periódico, se me dejó venir encima, repentinamente, como si fuese un miura salido del toril, un Cádillac flamante. Lo conducía una hermosa dama treintabrileña. Incontinenti paró el coche, lo hizo retroceder hacia mí para preguntarme, entre inquieta y divertida, si me había asustado mucho.

Limpieza.—No creo equivocarme al afirmar rotundamente que la Habana es una de las ciudades más limpias del mundo, Todo brilla aquí como recién salido del almacén. Diríase una urbe acabada de estrenar: pavimentos, aceras, casas, habitantes, todos aseados y en contacto frecuente con el agua. La multitud habanera—como la japonesa—(observación de Lafcadio Hearn), huele bien. Alguien dijo que la civilización de un pueblo está en razón directa con el consumo que hace de jabón. En Cuba, la fabricación de este artículo de primera necesidad debe de ser un negocio fabuloso, sólo comparable al que realizan en la ciudad de México los dueños de cantinas.

Hospitalidad.—El pueblo habanero es el más cordial y acogedor que he conocido. A las pocas horas de llegado al hotel, contaba ya con varios amigos dispuestos a servirme y agasajarme gratuitamente. Cualquier persona a la que me dirigía en la calle, solicitando un dato o una dirección, me suministraba aquél o me mostraba personalmente ésta, abandonando tal vez ocupaciones urgentes. La frase usual: «¿en qué puedo servirle?», no es aquí una simple fórmula social, sino que entraña un franco anhelo de ayudar al prójimo.

Alegría.—Ciudad fundamentalmente alegre la Habana. No con aquella alegría bullanguera y espectacular de las poblaciones andaluzas, que solapa en veces muchas tragedias, sino profunda, ingenua, comunicativa, contagiosa. La carcajada, la risa, la sonrisa, no encubren aquí aviesa intención ni disfrazan estados de alma ambiguos. Brotan naturalmente del corazón y expresan euforia sincera. No he visto en la Capital de Cuba caras melancólicas, biliosas, torvas, crueles. La jovialidad atersa los semblantes, los hace diáfanos, pone facundia en los labios, luz y picardía en las miradas chispeantes de inteligencia. ¿A qué negarlo? Mi melancolía habitual (Vida, ¿qué hiciste de mi sonrisa?) naufragó en la Habana, entre espirituales retruécanos.

Inteligencia popular.— Pueblo despierto, de inteligencia pronta, el cubano. Da gusto oír platicar a cualquier mulatito sobre política interior o exterior. Va una muestra: cuando estaban dorando la cúpula del Capitolio—que algunos buenos patriotas afirman que es superior al de Washington—oí que un moreno le decía a otro, frente al monumental edificio:

—«¿No te parece, chico, que ese oro que están derrochando tan tontamente, hace más falta aquí abajo que allá arriba?»

La mujer cubana.—Se la pinta en el extranjero como interesada y casquivana. Apreciación injusta, errónea. Sin un adarme de verdad. Conozco muchas que se unieron con hombre pobre pudiendo atrapar un rico. Este es un caso vulgar en la Habana, donde a pesar de la pretendida yanquización, más aparente que real, todavía se cotizan socialmente, las cualidades morales y hasta la inteligencia de los hombres. La fascinación indudable (la líbido freudiana) que la hembra ejerce aquí sobre el macho, la ejerce a su pesar, debido a circunstancias imperativas del medio ambiente de que no puede hacérsela responsable. La he observado atentamente en todas las clases sociales, y tengo que confesar que no acude a maniobras inacostumbradas ni reprobables, para interesar al sexo menos interesante. Los que sólo la conocen de oídas, júzganla demasiado «entradora», porque flirtea, es franca, no se asusta de nada, ni tiene el pudor en las orejas, como se asegura de las anglo-sajonas. En realidad, es una mujer simpática, casi siempre hermosa, muy femenina, refinada, hacendosa, (la he visto en su hogar), llena de inquietudes y de curiosidades intelectuales. Lee mucho y con provecho. Habla varios idiomas. Pero no presume de culta ni exhibe inmodestamente sus conocimientos.

Habana—ciudad embrujadora y paradisíaca—quien te ha visto siquiera un minuto, te abandona con profunda melancolía pensando siempre retornar a ti. Divina «saudade» (este es el vocablo preciso) dejaste clavada en mi corazón, como aguda saeta de oro!

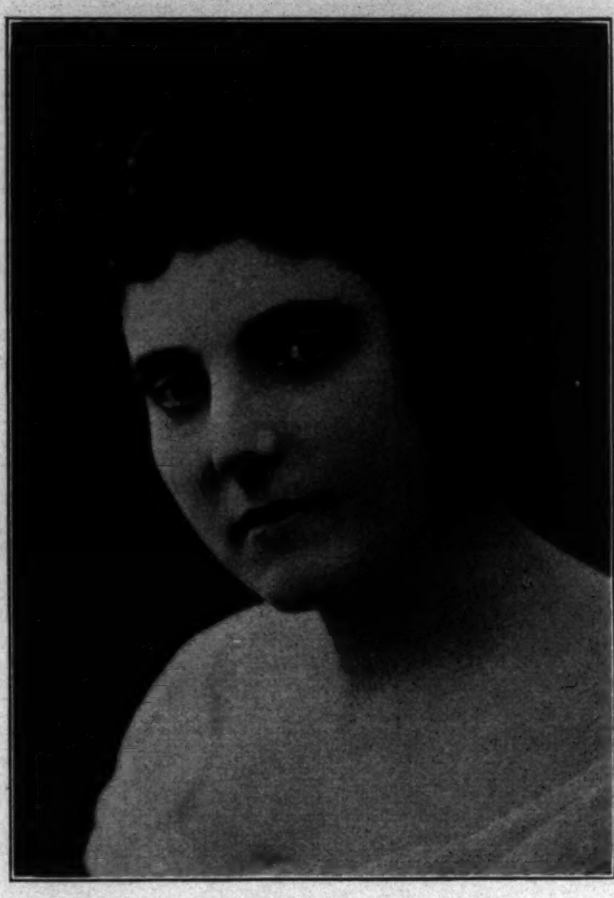
Habana, 19 de mayo de 1929.

Mario Santa Cruz

Carta abierta

Don Joaquín García Monge,

Director de *Repertorio Americano.*



Julieta Puente

Al Hombre en su obra americana:

Dos amigos devotos de mi libro *Voluntad y Redención*, antiguos compañeros y estimuladores en la lid de las ideas humanitarias y emancipadoras, el poeta José María Zeledón, y don Alfredo Greñas, me dicen, que usted, paladina y generosamente, republicará unos cuantos capítulos de *Voluntad y Redención* en *Repertorio Americano*. No me extraña que Ud. acoja a su egida aquello que, por su tendencia de universalidad altruísta, denunciadora y niveladora, no cabe en el estrecho límite y sanción de una frontera política, social y religiosa. Porque, en su frente amplia, en su cabeza típicamente genial, hay ese su pensamiento de un ideal de acción sin valladares, que, con independencia justa y cordial, selecciona en *Repertorio Americano*, lo más audaz redentorista, lo más heroico, lo más renovador, lo más inspirado de todas las ideas, de todos los aspectos, de todas las concepciones creadoras de un avance noble de artistas y pensadores.

Su mirada, contemplativa y serena, se expande en los horizontes de la inteligencia y del sentimiento; buscando comprensiva esos valores mentales y espirituales, acercándolos y reuniéndolos, para consagrarlos en la circulación expectante de *Repertorio Americano*. ¡Ese es su exquisito *Pan Americano* de buena voluntad, elaborado con constancia, desinterés y desvelo de reposo y sueño, y ofrecido al continente en asamblea de convicción, en cita intelectual!

¡Así se hace con verdad y belleza, escuela, acercamiento, unidad de razas y de naciones, y respeto a gobernar sus destinos, sin consignas de obediencias oficiales, que convierta el poder móvil del cerebro del individuo y de la evolución determinativa de un pueblo, en una cosa de morbo pasivo, empezando por la impersonalidad de las más de la prensa...!

Ud sí que es hacedor de un americanismo saludable y constructivo, siendo su *Repertorio Americano* el Heraldo de relieve de las letras, que enseña y valora el movimiento civilizador del presente hacia el futuro. Porque, *civilización*, no es llenar las funciones fisiológicas en estrechas plataformas egoístas, vegetando en una cuasi animalidad, equivocadamente racional, sino que es anhelar fuera de uno mismo, revelar, resolver, transformar, crear planos ascendentes de perfeccionamientos culturales y liberales para un fin de espíritu humano, en entendido de social expansiva.

Ud., sin alardes de atrevimientos, da ejemplo serio de publicación y de respeto a su yo intrínseco, aceptando la responsabilidad (que tenemos los contemporáneos) del Pensamiento de la Hora, en marcha avanzada de una *moral nueva* de humanidad; uno para todos y todos para uno. De suyo mayor es el mérito, cuando, por ende, es la hora también de los grandes miedos a la Idea Renovadora, de los que resurgen, temblando, las descivilizadoras tiranías del pasado, con su cortejo de negativo-hombres, rumiando la rutina de claudicaciones, servilismos y cobardías...

¡Ud. está en la cumbre de la mejor mentalidad generosa, que espiga la flor, el laurel y la palma en los espacios de soles de la Ciencia, del Bien, del Arte, del Amor, de la Belleza y de la Emoción, ungiéndolas en *Repertorio Americano!*

¡Gracias sinceras al darme cabida en la autoridad de esas páginas, por lo que gime, conmueve, levanta, dignifica y vuela de cara al sol de América, en *Voluntad y Redención*.

Julieta Puente

San José, Costa Rica. Enero de 1930.

A propósito de la novela *Voluntad y Redención* de Julieta Puente

(Envío de *J. M. Z.*)

La Habana, enero 24, 30.

Sra. Julieta Puente.

Vedado.

Distinguida compañera:

Mil gracias por el envío de su libro *Voluntad y Redención* que me dispongo a leer con mucho interés. El solo hecho de llegar a mí con el *pasaporte* de mi querido y admirado don Joaquín García Monge le asegura mi atención.

Ordene como guste a su compañero y servidor q. b. s. m.

Juan Marinello

La Habana, 10 de Febrero de 1930.

A la Sra. Julia Puente.

En La Habana.

Presente.

Ilustre amiga:

He tenido el honor de recibir su novela *Voluntad y Redención*, que se ha servido enviarme, por conducto de su hijo de Ud. y estimado discípulo mío, el joven Mc. Grigor.

A través de las páginas de este libro fuerte y enjundioso, palpita el alma de Ud., alentada en el más noble y trascendental amor hacia el idel hispanoamericano, y cristalizan en las formas más bellas y seductoras, las gemas de su pensamiento avanzado y novedoso. Recorriendo los capítulos de su novela, podría exclamarse como aquel famoso comediógrafo español, estupefacto ante el talento vigoroso de nuestra inmortal Avellaneda: «Es mucho hombre esta mujer»; sin que al parodiar esta frase, nos mueva prejuicio ancestral alguno contra el genio y los arrestos de la mujer, sino porque es difícil que escritora alguna, ponga la pluma con la fibra y los alientos que usted.

Enamorado de la confraternidad de nuestros pueblos hermanos, defensor de este anhelo desde mis primeras armas en el Ateneo de la Habana y desde las columnas de la desaparecida Revista *Arte*, que dirigí hace años, he sentido alborozo intenso a leer su obra, en que la fantasía puesta al servicio de la verdad, ha tejido un poema exaltador y emotivo en aras de los más acendrados anhelos de aspiración hispanoamericana.

Colombino, el protagonista de *Voluntad y Redención*, es un personaje pleno de simpatía, con toda la fuerza de creación necesaria para encarnar el símbolo del sublime ideal que Ud. ha infundido en su espíritu con el soplo milagroso de su inspiración fecunda. Sus afanes, sus empeños, su lucha por levantar a un pueblo que no es el suyo, hasta llevarlo a la cúspide del triunfo, imponiendo los nuevos hombres de un partido político; las decepciones sufridas ante la defraudación originada por los vencedores, y que colocan al protagonista de su novela en situación análoga a la de nuestro glorioso Heredia, cuando dió su sangre en tierra mexicana por imponer el triunfo del General Santa Ana, y sufrió después la decepción del desacertado gobierno de éste que no fué otra cosa que la continuación de los anteriores de tiranía y absoluta incomprensión; los incomparables esfuerzos que realiza después en su patria, en holocausto de sus sueños excelsos, hasta lograr la redención espiritual de la divina Flor, pura como Margarita Gautier, aunque abriera su corola entre la charca inmunda; todo, en fin, hace de esta creación suya, señora mía, un tipo que vivirá eternamente en el alma de nuestra América, como la representación fidelísima de su ideario continental.

Profundamente impresionado con tan subyugadora lectura, le escribo estas líneas, con

las que enderezo a Ud. un envío de compenetración y admiración fervorosa.

Muy devotamente,

Juan J. Remos R.

Santiago de Cuba, Febrero 2 de 1930.

Señora Julieta Puente de Mac Gregor,

Habana.

Mi distinguida y culta amiga:

Me acaba de dar Ud. la más agradable sorpresa con el envío de su valiosa obra *Voluntad y Redención,* novela que he leído y he escanciado como el más exquisito de los néctares. Qué transformación más maravillosa ha sufrido Ud., mi noble amiga! Leyéndola encuentro a otra, no a la doña Julieta dulce y apacible del hogar que pasaba los días entre aquellos nietecitos que parecían querubines y sus amados hijos, sino a una consumada pensadora y exquisita literata de impecable gusto. Tipos, costumbres y paisajes de su libro están descritos admirablemente. Su novela,—y esto no lo digo por halagar su vanidad ni por galantería, sino como la expresión más fiel y exacta de la verdad,—su novela, repito es la más fiel y acabada pintura de la historia político-social de Hispano América como a la vez de sus aspiraciones. Ud. se ha transfigurado en esa obra, obra de apostolado sincero y puro. En cualquiera de nuestros países su novela tendría ambiente propio. ¡Qué espíritu de observación más acucioso revela Ud.! Nada ha escapado a su visión.

Yo le prometo, mi distinguida amiga, que tan pronto como pueda robarle un rato a mis ocupaciones comerciales, escribiré un juicio sobre su valiosa obra. Sabrá Ud. que la lucha por la vida ha sido para mí tan dura en estos últimos tiempos, que he tenido que desertar de las falanges de Minerva para pasarme a las de Mercurio.

Y sin más, sólo me resta expresarle mis mejores felicitaciones por la publicación de esa obra magistral como mis mejores gracias por su envío.

Créame siempre su más sincero admirador y amigo q. b. s. m.

M. M. Morillo

M. M. Morillo.—Escritor dominicano de grandes inquietudes por la magna causa de América Latina, a la cual sirve con devoción y perseverancia que no ha podido entibiar el martirio. *J. M. Z.*

Detrás de Primo caerá Mussolini, nos dice Palacios

=De *Crítica*. Buenos Aires.=

Entrevistamos al doctor Alfredo L. Palacios, con motivo de los acontecimientos producidos en España, para solicitarle su opinión.

Ya era tiempo,—nos dijo—, de que cayera la dictadura que avergonzaba a España suprimiendo las libertades elementales de reunión y de palabra hablada y escrita.

Surgida del ejército, apoyada por las bayonetas, ha caído por la voluntad de los altos jefes militares, lo que constituye otra vergüenza y el peligro de una nueva dictadura.

Me siento tan vinculado, por la sangre y el afecto a España, que puedo hablar de ese país, como si se tratara de mi propia patria. El pueblo nada ha hecho por reconquistar sus libertades y eso es doloroso. Se agitaron los viejos políticos, culpables de un régimen indeseable, sin emoción colectiva, y a quienes movían pasiones subalternas. Pero eso era el pasado, que no podía volver. Todas mis esperanzas estaban en la juventud. Y así lo expresé a *Crítica* cuando, con motivo de las resoluciones absurdas del dictador, en materia de enseñanza universitaria, ví surgir del aplastamiento colectivo un estallido de la gente moza que conmovía los claustros, que tenía un significado más claro y preciso que la conspiración encabezada por Sánchez Guerra.

La agitación precursora de la caída de Primo de Rivera ha sido, ahora también, provocada por la juventud universitaria, que no quiere que la dictadura sea reemplazada por otra dictadura, sino que aspira a una *metarritmisis*, para emplear la palabra del griego alejandrino, con la que el vasco Unamuno significaba la transformación de la íntima estructura de su patria.

Los jóvenes salvarán a España. Así dije en un cable a la *Federación Universitaria,* cuando se inició la agitación estudiantil y tan era verdad esa afirmción que la censura la atajó por subversiva.

Los jóvenes con sus inquietudes, sus exageraciones y su falta de conformidad, trabajan siempre por un mundo más comprensivo y más libre. Sin ellos los pueblos concluirían por resignarse acostumbrándose a la esclavitud.

La juventud española es como la juventud americana, me refiero a la juventud de nuestra América. Evidencia una rara comunidad de espíritu, que augura una unión a realizar. La preocupan las mismas inquietudes y le animan idénticos ideales. Existe una onda espiritual que va de América a España y vuelve de España a América, que dinamiza la juventud para encaminarla a grandes realizaciones. El impulso íntimo que anima a esta generación está de acuerdo con la índole de los tiempos.

Quiere la comunidad moral con el pueblo y hace vanguardia dentro de él, trabaja por la reforma educativa que forja caracteres y socializa la enseñanza y lucha ahincadamente contra la plutocracia y las dictaduras.

El fenómeno que produce en las Universidades españolas contra la reacción es un fenómeno americano. En otros países, hecha la revolución por el pueblo, la Universidad se convierte en el foco de la reacción.

Citaré sólo dos países, uno de Europa y otro de América.

En Alemania, después de la caída del imperio, el viejo espíritu se refugia en los claustros. Y en México los intelectuales, agazapados en la Universidad, trabajan tenazmente contra la revolución.

En España al contrario. Cuando la dictadura suprime energías civiles y crea cobardías individuales y colectivas en el país que había hecho un culto del honor y de la caballerosidad, son los profesores y los estudiantes universitarios los que proclaman la rebeldía.

Y así, con el aplauso de la masa estudiantil bulliciosa y con el mismo espíritu de la juventud, parte para el destierro el sabio rector de Salamanca, símbolo de la España regenerada...

Keyserling, en 1926, cuando escribía su análisis espectral de un continente decía que administraba España conforme al mundo de los choferes, el espíritu práctico de Sancho Panza, pero que Don Quijote en la figura de Unamuno, se hallaba, exactamente, en la frontera hispanofrancesa, con la mirada vuelta a la patria, aguardando «en vano a que le toque el turno en el poder»; con lo que demostró el filósofo báltico, que es incapaz de descubrir el «sentido» de España y de sus hombres representativos.

Y así como Unamuno, aparecen como expresión de la España nueva, profesores universitarios a quienes aplaude la juventud: Fernando de los Ríos en Granada; Marañón, Jiménez de Asúa y Augusto Barcia en Madrid; Camilo Barcia Trelles en Valladolid; Wenceslao Roces en Salamanca.

Toda dictadura es precaria, carece de estabilidad y duración. Si fuera durable domesticaría los pueblos hasta la abyección. Caído Primo de Rivera, el pueblo debe velar siguiendo a su juventud valiente. Hay que evitar que se enseñoree el ejército, porque como lo dijo un escritor nuestro, perdido para la causa de la libertad: «El sable debe ser el perro de la justicia, noble y bravo como dicho animal, pero nunca sustituirla, ya que únicamente los ciegos van precedidos de su perro.»

Pronto caerá, pero más estruendosamente, la tiranía de Mussolini. Francisco Cambó, en su reciente libro, ha sostenido, con error, que el fascismo es algo más que un régimen de autoridad y dictadura. Para él significa un atrevido intento de buscar nuevas formas de estructuración y organización políticas adaptadas a los problemas y a las realidades nuevas de nuestros días.

No hay tal cosa: Sólo existe,—y lo he demostrado en uno de mis libros—un corporativismo sin libertad que es sistematización burocrática que mata la autonomía de la clase trabajadora y le imposibilita en la lucha por el nuevo derecho, con la agravante de que Mussolini ha

erigido el asesinato en instrumento de gobierno.

Con la máscara del «Estado Nuevo» destruyó todas las libertades fundamentales, creando una tiranía que soporta demasiado resignadamente el pueblo italiano, sin exceptuar su juventud universitaria, pero que apuntalan los capitanes de la industria en defensa de sus privilegios.

Entre nosotros hay desgraciadamente, muchos partidarios de las dictaduras. Son lo que quieren «el orden y el bienestar», olvidando que sin libertad el orden y el bienestar son dones despreciables.

Cuenta Nittí que en 1912 pasaba sus vacaciones con su colega el ministro de Negocios Extranjeros, marqués de San Giuliano, en la selva de Vallombrosa. Era el marqués de San Giuliano un espíritu elegante: la política no le había privado de las finezas helénicas de su tierra, a las faldas del Etna. Hablaba más de poesía y de arte que de política y le gustaba, paseando por el bosque, repetir de memoria largos versos de Shakespeare y Goethe que conocía admirablemente. Cierta vez Nitti le encontró todo excitado, embelesado en la lectura de Ricardo Wagner. En su quinta de las faldas del Etna había estado Wagner, accidentalmente, muchos años antes y el gran maestro había narrado en largas cartas las conversaciones que más le habían interesado. Una tarde se hablaba de Garibaldi, que en 1848 había intentado en la defensa de Roma evitar los tiros de la artillería contra posiciones peligrosas para sus hombres, por temor a destrozar grandes obras de arte. Wagner fué dominado por un acceso de ira y dijo: *¿Qué es el arte? ¿Qué miserable cosa es el arte sin la libertad?*

¡La libertad!, he ahí la razón de la vida. Busquen otros el *jefe predestinado. El hombre que mande con o sin ley.*

Trabajemos nosotros, en esta querida tierra nuestra, para que desaparezcan las formas arcaicas y se transforme la estructura de las sociedades, pero hagamos el camino dentro de la democracia, que quiere decir libertad.

Jóvenes poetas:

=De *Virya*, 1.° marzo. 1930. San José, Costa Rica.=

La luz sonriente de la alegría baña mi corazón. He concluído de atravesar por el sombreado valle de un gran silencio. Ya voy subiendo hacia las primeras colinas de un eterno esplendor. Sé ahora que puedo hablar a quienes viajan por las mismas sendas como quien ya las tiene en no pequeña parte recorridas.

Y quiero dirigirme a los jóvenes poetas de esa tierra, porque alguien, con la autoridad transitoria que dan las elevadas posiciones oficiales, desdeñó su obra [1], según decía, puesta al servicio de ideales teosóficos.

Buenas inteligencias, amancebadas por el temor, llevan sus cántaros vacíos la borde de las palabras y una vez allí no se atreven a sumergirlos hasta las aguas del fondo. De los pozos se apartan con el gallardo orgullo de quienes creen que habiéndose aproximado a las palabras ya han sondeado la profundidad de su sentido real.

Ignorando lo que Teosofía sea consultan el diccionario o la enciclopedia. De allí salen iluminados. Ya conocen lo que es, ya pueden repudiar o desdeñar. Pero son éstos los mismo que explicarán el sentido de Filosofía como amor a la sabiduría, porque así lo declaran las enciclopedias, textos y diccionarios. Porque los tales jamás están seguros ni de su griego ni de su capacidad de discernir. Y se asombran si les decimos que la Filosofía es la *sabiduría del amor*. Sócrates, que en el Banquete define la Filosofía como un estado de conocimiento entre la sabiduría, y la ignorancia, también afirma que la ciencia que él conoce, aprendida de Diótima, es la de la amor. Y este fué el filósofo por excelencia: el hombre que sólo sabía acerca del amor. La austera doctrina de Moisés, así como la benévola enseñanza da Jesús, sobre el amor se funda. Y Pablo estriba la perfección de la vida cristiana también sobre el amor.

¿Pero saben, acaso, esas gentes que existe una filosofía de las filosofías, una fuente común para todas las filosofías existentes y para nuevas filosofías ahora apenas en botón?

Cuando llegué a compenetrarme de que de allí habían salido las seis escuelas de la filosofía de la India, la escuela de Tales y la de Heráclito, la de Pitágoras y la de Platón, la de Stoa y la de Aristóteles, y luego la innumerable procesión de filosofías, grandes y pequeñas, hasta nuestro tiempo; cuando estudiando religiones antiguas vi con luminosa claridad que había una sabiduría matriz de donde nacían las ideas que luego los hombres convertían en religiones, me lancé con desalado amor, con devorador entusiasmo, hacia la suprema fuente de toda luz.

Si había simpatizado con Bergson y con Nietzsche, con Schopenhauer, con Scheling y con Hegel, con Kant y con Berkeley, con Descartes y con Spinoza, con Séneca y Marco Aurelio, con Plutarco y con Cicerón y con los helenos y los jonios, ¿por qué no había de determe en asombro y delirante de contento ante los esplendores de aquellas síntesis, de aquella esencia de todas las filosofías que me habían atraído por alguno de sus rasgos dominantes?

Pero aquella prodigiosa esencia iluminó, además, la confusión de ideas estéticas y morales en que me había agitado: miré los orígenes y la función y el fin de la moral. Descubrí un alto sentido en la vida, y el amor, y la muerte, y lo que está después de la muerte, que son las grandes revelaciones del arte y de la ciencia, de la filosofía y la religión. Comprendí la inspiración. Los poetas cesaron de ser los bellos enigmas que habían sacudido mi ser para asumir ante mis ojos las apolíneas investiduras de los mensajeros de aquel sacro mundo de las Ideas que visten la gracia y la luz de la juventud inmortal y divina. Desde Vyasa hasta Lugones, sesenta siglos de poesía, en todas las lenguas, frente a todos los mares de arenas, de landas y de aguas, todos los poetas han mirado hacia lo alto para descubrir el encanto que se esconde tras la túnica y la piel de colores de las cosas. Este divino afán es, para los ilustres ignorantes, hacer teosofía en los poemas. Toda la hueste prometeica, en sus mejores momentos, no hizo otra cosa. Por ello viven embalsamados en la memoria de los hombres con la fragancia olimpia de su inmortalidad.

Jóvenes poetas de esa tierra, tratad de que no se extinga la llama de ese amor de ideal que os iluminó al partir. Yo sé que os espera la sorpresa del pródigio que anhelais.

Roberto Brenes Mesén

Evanston, Illinois, Enero 25, 1930.

[1] La obra, entre otras, de Carlos Luis Sáenz, el mejor de los poetas nuevos de Costa Rica.

Un artista costarricense

(Envío de la autora)

«La personalidad es la cosa más misteriosa del mundo. No siempre se puede tasar justamente a un hombre por lo que hace.» Y con este bello pensamiento de Wilde, el príncipe de la paradoja, quiero empezar estas líneas de reconocimiento al fuerte talento artístico de Noé Solano, no para justipreciar sus capacidades en arte, pues no me sería posible, porque la personalidad efectiva de un hombre no está en lo que ejercita en sus obras, sino la que vive en el ensueño.

No me propongo hacer el balance estricto de la obra de arte realizada por Solano en sus acusados dibujos de una gracia encantadora ni en sus caricaturas originales de un humorismo sano y a la vez sangriento, sino el elogio en deuda para quien tan magistralmente supo ilustrar con trazos simbólicos, que han llamado la atención de notables artistas del exterior, mi libro *Música Sencilla*.

Ahora mismo acaba de circular el libro *Héroes del campo* de Modesto Martínez con numerosas ilustraciones de Solano, que aunque no tienen el encanto alegórico de las de *Música Sencilla*, revelan siempre la firmeza de la pincelada y la originalidad del motivo que las inspirara. Porque Solano pinta lo que ve y sabe que esto es una buena regla en arte, pero él va más lejos porque también pinta lo que siente y merece la pena de ser pintado, que es algo infinitamente mejor.

En esta mi Tiquicia, donde todo es bombo mutuo o autobombo, en donde la gacetilla de la prensa, para el que no es lerdo en estos trajines, sabe que está inspirada por el interesado, hacer el elogio de un artista como Solano, que no lo necesita, indudablemente ha de pasar inadvertido entre el montón de ditirambos que van siendo lugares comunes en quienes ya nadie para mientes.

Pero Solano, que no ha necesitado ayuda de nadie y que ha sabido imponerse a estrujón limpio entre la incomprensión ambiente, es un caso esporádico que revela un acusado espíritu artístico. Aquí donde hay cientos de becados en el exterior, en que los más retornan siendo las mismas medianías originales, nadie ha pensado en que cuatro años de Solano en el exterior completarían y afirmarían el talento artístico de este dibujante y caricaturista. Pero Solano, que no transije con la zalema estudiada ni con la adulación que nos disloca las vértebras, haciéndonos perder la dignidad, no sería capaz de desvelarse, por alcanzar una recomendación oficial o de trabajarse la simpatía de cuatro diputados, que a buen seguro, ignoran que un país se salva muchas veces por las riquezas de su arte, más que por sus esplendores materiales.



Noé Solano

Por lo general admiramos o celebramos el humor incisivo o irónico que contiene una caricatura de oportunidad, pero no nos fijamos en el esfuerzo cotidiano que ello representa, en que hay que enfocar, con trazo seguro, el instante álgido de una situación política, el rasgo preciso del perfil de algún personaje de actualidad, la síntesis de un momento sociológico que está llamando la atención del público. Y en este continuo extraer del cerebro motivos o ideas, estriba uno de los aspectos más interesantes de la personalidad de Solano, que sin posturas espectaculares, a golpes de talento va labrándose su puesto de avanzada entre los caricaturistas de América.

Ojo vivo y sagaz el suyo, nacido para echar la ganzúa de la mirada al aspecto ridículo o trágico de hombres y cosas, mano a la vez suave y terca para llamar a su conjuro rectas y curvas, como obedeciendo a recónditos designios, pasión ardorosa de iluminado en las andanzas del espíritu que se nutre de colores y formas, andar un poco pesado de quien vive prendido de la lucecita del Ensueño y lleva en el alma un mundo que no es el de la realidad, así va Solano por la vida regando su sonrisa optimista, sin darse cuenta de que la sonrisa amable o burlona es una suprema flor de ironía, producto de una exquisita cultura artística.

Blanca Milanés

San José, Marzo de 1930.

El triunfo de la verdad

*Sobre un tema de **Lord Dunsany***

Aquel era un corral espacioso, circundado en cuadro por altas tapias, cortadas en lados opuestos por dos recios portalones, uno sobre la carretera pública y otro sobre las dependencias de la granja a que el corral mismo pertenecía. En otro de los lados se alzaba el establo para las vacas lecheras y algunos animales de labor: enormes caballos percherones, de cascos acopados, muy grandes, como cestos invertidos, melenudos con penachos de crines lacias que barrían el suelo.

Dentro del corral, todo a nivel, sin yerbas ni plantas, tendía un charco su linfa de pocas pulgadas de profundidad, sobre un fondo fangoso, propicio a la cría y desarrollo de gusanillos y otras alimañas, apetecidas por las aves domésticas, como el *caviar* por los golosos. Allí, ante la madre medrosa y complacida, entregábanse los paticos a deportes natatorios sin peligro de traidoras corrientes.

La población del corral era numerosa; el elemento étnico—digámoslo así—predominante, era de pollos y gallinas. Había algunos gallos, entre quienes la tradición de muchas generaciones hijas de aquella patria, y acaso también—dado el gran número de aves—la necesidad de repartir las responsabilidades naturales a su estado, habían culminado en un *modus vivendi* de pacífica distribución de funciones, sea, en la división del trabajo preconizada por los expositores clásicos de las ciencias económicas, ejemplo edificante y consolador muy distante del absolutismo exclusivista y pendenciero, privativo de los gallos educados en corrales de menos equitativa orientación moral.

Pululaban los pollos de todas las edades, desde los diminutos, cuasi implumes, hasta los ya entrados en días de campar por sus respetos, empeñándose en emular a sus mayores. Las cluecas conducían a los polluelos por todo al haz del corral, llevándolos al borde de la pequeña mar de los ánades en busca de nutrición suplementaria, o al estercolero de forma cónica, con la cumbre trunca en convexidad irregular, montón de los despojos del establo, hacinados para abono de las huertas.

Ascendían los polluelos en pos de la clueca, los escarpados flancos del que, sin su color de un pardo sucio y desteñico, fuera un **Mont Blanc**. La activa descomposición orgánica acentuada en las capas superiores brindaba más suculento premio a los más audaces de entre aquellos alpinistas: escrito está, de pollos y de hombres, que toda eminencia coronada trae su galardón.

Abundaban los capones, obesos, de andar pausado, con reflejos de tristezas o de ansias reminescentes en los ávidos ojuelos, expertos, como con fuerza de segunda naturaleza, en descubrir todo lo asimilable, por vía de alimento, hasta en los más recónditos parajes.

Formaban un grupo apartado los gansos; serios, insociables, dábanse a interminables caminatas, uno en pos de otro, en

larga fila, con ademán de militares en marcha, contentos de sí mismos, como tantos otros bípedos, en su agitación vacía de objetivo, estéril y fanfarrona.

No faltaban los pavos y sus hembras; ellos engreídos y alborotadores; ellas traviesas y aprovechadas.

Descollaba entre las aves, el pavo real, fatuo, con pretensiones de superioridad innata, refrendadas por la gloria polícroma del prodigioso abanico de su cola.

El espíritu del corral se encarnaba—en carne con plumas, se entiende—en una gallina venerable, cien veces clueca en su vida, y, por su serena robustez, apta para serlo otras ciento. Ella había recogido la sagrada tradición de su pueblo, encerrada dentro de aquellas tapias, y cristalizada en su pecho como el diamante en la ganga.

Había visto llegar y pasar las generaciones, y ahora las veía aun crecer enderredor suyo, como en ondas de vida, con dos patas y cubiertas de plumas, que jamás hubieran de agotarse. Careciendo, como todos los seres de su clase, de memoria sermoneante y de imaginación vaticinadora de quebrantos, vivía en el supremo goce del momento presente, bello ideal de la dicha perfecta, conturbada siempre por el recuerdo o el augurio: compensación acaso de la Providencia a los seres sin alma, por la inmortalidad que les fué negada.

Venerábala—hasta donde la veneración en él cabía—su propio pueblo de pollos, gallos y gallinas, y rendíanle las demás aves cierto acatamiento contagioso, estimulado por el favorable ambiente moral de aquel corral, modelo de corrales, santuario de egregias tradiciones.

Todas aquellas aves, tenían de las alas la semblanza material, muñones y plumas. Ninguna de ellas volaba. Si era degeneración, hija de la domesticidad, o desarrollo incompleto en una evolución contenida, es cosa por demasía ardua de resolver. Sólo sí que esas alas de pega jamás cruzaron el azul, donde revolotean las mariposas y zumban las abejas y se pierden, como un canto, las golondrinas.

———

Por aquel entonces—el de que se trata—formaron su nido en el alero del establo unas palomas: vivieron su idilio, rumoroso de arrullos, en los mismísimos días que la primavera enflora y embalsama. Sus polluelos abrieron los ojos ante la vida bulliciosa del corral, universo, diríase, lo bastante comprensivo para contener todos sus anhelos.

Halló el estío a los pichones aptos para el vuelo; y volaron y tornaron volando con *l'ali aperte e ferme al dolce nido per l'aer dal voler portate,* como hacia Virgilio y Dante las atribuladas sombras de Francesca y de Paolo.

———

Ese vuelo fué revelador. Los viajeros, aunque palomas, habían sentido la impresión del milagro y discurrían así: «El corral no es el límite del mundo. Fuera de las tapias, más allá de la carretera, de los sembrados, del bosque y de las colinas divisables desde nuestro alero, vimos otros sembrados y otros bosques y montes más empinados: la tierra ondula y lleva trajes diversos en los valles; la esmaltan manchas de agua, quietas unas, errantes otras; los bosques susurran y el viento a veces parece hablar palabras incoherentes, como si soñara.

»En otras partes hay edificios y templos, y en las aguas se balancean o las recorren, grandes fábricas flotantes, con mástiles atravesados en cruz, para que descansen las palomas. Y más allá están las aguas sin confín; ellas también murmuran palabras incoherentes; sobre esas aguas impera la soledad.

»Vimos aves que iban, unas solas, otras en bandadas, en tupido volar, como una nube, puestos los ojos, todas, en un punto invisible, allá entre las dos inmensidades.

»Y vimos un ave, vencida, caer a las grandes aguas y perderse en ellas. Tornamos al nido».

———

Por su misma extrañeza, aquel discurrir, en el alero, especie de púlpito al fin, conturbó a los pollos que lo oyeron. Cundió el rumor; se dijo que acaso habría verdad o algo de verdad en la historia de las palomas. Impuesta la Clueca tutelar, tembló por la suerte de su pueblo. Estalló en su conciencia el brote heroico. Hay momentos en la vida de los corrales en que el supremo peligro engendra al redentor, al apóstol, al mártir, que la patria salvación reclama.

———

Sabía la Clueca que para vencer la potencial rebeldía naciente, precisaba combatir al mal con las propias armas del mal. Su sola autoridad de clueca abnegada, sus eximios méritos, su probada rectitud de criterio y su honestidad inmaculada, no bastarían. Si sólo el sacrificio bastaba, era preciso ir al sacrificio.

Pocos días después, con estridente cacareo, convocaba la Clueca a su pueblo desde la cúspide de aquel estercolero, tantas veces teatro de su maternal solicitud. Acudió éste en masa, escalonándose en los flancos ubérrimos del Sinaí gallinal y apiñándose al pie, impaciente y curioso.

Y la Clueca habló: «Hijos míos, mi amor por vosotros, por nuestras sacras tradiciones, por nuestras sanas prácticas, por la pureza de nuestras costumbres, me ha llevado, a mi edad y a pesar de mis responsabilidades, a realizar un supremo esfuerzo. Segura de la verdad de mis convicciones, jamás abrigué temor alguno. Quise, sin embargo, estar doblemente segura de lo seguro.

»¡También tengo alas yo!

»Desde este pináculo que me sirve de tribuna ascendí de un vuelo a la vecina tapia y de otro descendí al mundo externo. Exploré. Fuera de nuestro corral sólo hay desolación. Una larga faja polvorosa en primer término, y más allá un suelo removido, reseco, sin sustento para nosotros. No hay tales valles, ni montes, ni aguas corrientes, ni grandes aguas, ni mástiles para que se posen las palomas. No podéis dudar de vuestra madre; os digo que yo también he traspasado estas tapias, exponiendo mi vida por vosotros: para volver hube de aguardar en desnudez y desamparo a que se abriera el portalón... Las palomas han mentido, toca a vosotros, hijos míos, pueblo amado, dictar el fallo sobre su conducta».

De toda moral establecida, hinchada con la convicción de poseer la verdad definitiva, surge necesariamente, como escudo protector, una celosa intolerancia, erizada de defensas, esencial para la conservación del orden y del bien públicos, y, en su espíritu colectivo, inexorable con el delincuente.

¡Ay de las palomas temerarias que conturbaron la ecuánime conciencia del corral, empañando el nítido espejo de la verdad! A una fueron condenadas a muerte.

Advirtieron ellas empero el clamoreo amenazante, y desplegando las probadas alas, buscaron refugio en el espacio, amparador y cómplice misericordioso de palomas, de videntes, de soñadores y de otros pájaros de cuenta.

El corral se había salvado.

S. Pérez Triana

(Hispania. Londres)

Dos novelas de Máximo Soto Hall

I

El Problema.—M. Soto Hall. Casa Editorial: María de Lines. Imprenta y Librería Española. San José de Costa Rica. 1899.

Al terminar el siglo recién pasado, es decir, en 1899, publicó aquí, en San José de Costa Rica, Máximo Soto Hall, que convivía con nosotros hacía ya algún tiempo, una novela de cortas dimensiones en que, como resultado de nobles inquietudes, se manifestaba el escritor sesudo,—título nuevo y de valiosa suposición en quien, sobre esto, ya se gallardeaba en el mundo literario con la aureola de poeta;—después de todo, bajo los arcos triunfales de la poesía suelen hacer su aparición victoriosa en ese mundo los escritores de casta.—En *El problema,*—este nombre tiene la obra a que me refiero,—Soto Hall hace aparecer a nuestros ojos, en un viviente cuadro, la visión babilónica de lo que el canal de Nicaragua sería unos treinta años después de construído. — El canal de Nicaragua, cuya apertura parecía inminente por aquel entonces, es decir, hacia la época en que *El problema* era editado en esta ciudad por la Librería Española, no llegó al fin a construirse; pero no por ese accidente, que descentraba el episodio de su escenario, la novela disminuyó cosa alguna en mérito o en alcance.— Al leer hoy sus descripciones nos encontramos, sin que para ello se le imponga esfuerzo alguno a la imaginación, *tout naturellement*, diríamos, ante la zona por entre cuyas poéticas márgenes el canal de Roosevelt extiende sus anillos constrictores con lentitud de boa aperezada por el fuego del Trópico, o, más bien, según me doy maliciosamente a pensar, por lo segura que en sus dominios parece sentirse.—Voy a insertar aquí un bello trozo de *El Problema:*— el que corresponde a la primera página; dígame quien lo lea, en el supuesto necesario de que alguna vez ha recorrido la ruta maravillosa por donde zigzaguea el canal, si esta descripción no traduce, en unos pocos trazos, como lo quiere un simple rasguño, el paisaje íntegro de la vía urbanizada, tal como hoy se muestra a la mirada del mundo atónito.—El trozo a que antes me referí es éste:

«El gran vapor se deslizaba majestuoso por las dormidas aguas del canal. A una y otra margen, reflejando sus fachadas sobre la turbia linfa, quintas circundadas de altas verjas de hierro, donde culebreaban, llovidas de flores, las tupidas madreselvas, dejando apenas ver, entre su verde tamiz, el blanco manchón de las escaleras de mármol que se iban estrechando al subir como una ola espumante; oficinas con sus amplias ventanas y sus piezas inundadas de luz, fábricas severas, claustrales, cortando el espacio con sus chimeneas altas, erguidas, que lanzaban constantemente sobre el diáfano azul del cielo bocanadas de humo negro y pesado. Era toda una gran ciudad, alargada, extendida en las riberas de aquel río hecho a medias entre Dios y los hombres; una Venecia moderna, con una sola calle anchísima, limitada por dos grandes océanos».



Máximo Soto Hall

Visto por *Noé Solano.*

¿Por qué se armoniza tan cabalmente lo que Soto Hall fantasea y describe en 1898, dándole por teatro la faja de territorio a lo largo de la cual parecía próximo a abrirse entonces el canal, con lo que hoy, ahí al lado, pero en otra parte y años después, se ofrece a nuestra vista como la realización milagrosa de un sueño?. Es sencillamente porque, al escribir su novela, allá por el año 98, Soto Hall conocía, tan bien como hoy, según lo vemos en *La Sombra de la Casa Blanca*, su novela reciente, de que voy a hablar, la psicología del pueblo norteamericano. No obstante ser un producto híbrido, en que se confunden, hasta formar un todo compacto, las razas más antagónicas, como en un gigantesco y poderoso crisol, el pueblo norteamericano tiene una concepción de la vida que es en él distintivo de su personalidad étnica; todo en este pueblo joven, y, en muchos casos, primitivo, se realiza conforme a las determinantes de esa concepción, que, ciertamente, no peca de complicada. No podría, sin embargo, decirse con verdad que en la civilización de ese país faltase éste o aquel otro elemento de cultura; no; pero hay algo que en ella desborda sobre todo límite, que resulta exorbitante, que suscita asombro: la grandeza material, enormemente desproporcionada con relación a los fueros superiores del espíritu; sea como fuere, hay una cualidad muy valiosa en la raíz de ese afán, un poco bahuno, al parecer, que, ante todo, impele el ingenio del hombre hacia la conquista de las cosas materiales; a esa cualidad debe el yanqui su condición de pueblo sano y robusto y, como consecuencia, su aptitud para llevar a cabo obras cuya realización exige el empleo inteligente de las fuerzas físicas, en las que, como nadie ignora, reside, además, el germen de superiores virtudes. Adonde quiera que vaya, el descendiente de los viejos puritanos lleva la loable preocupación simplista que lo induce a sanear, siempre por métodos concienzudos, los parajes agrestes en donde se propone ejercer las poderosas facultades de acaparamiento que en él hasta la exacerbación estimula el insano, el implacable apetito de oro; ¿y qué?: después de todo, constituye obligación imperiosa, mejor dicho, primaria, depurar la naturaleza de los elementos patógenos que en ella existen en constante acecho contra la vida del hombre; en ese generoso empeño el yanqui ha triunfado, mal que nos pese, y en ese triunfo radica parte no pequeña de su temible capacidad dominadora; otro legítimo reclamo de la fisiología hace que este hombre se esmere en reunir bajo su techo las comodidades rutinarias, aunque un tanto señoriles, que en buena ley demanda un ponderado confort, por su eficiencia en bien de la salud; de buen talante reconozcamos también, como es justo, que en ese plausible celo hay una tendencia a la dignificación de lo que en nosotros primariamente corresponde a la economía animal y que, gracias a tales conatos de dignificación, el materialismo de la raza se ennoblece no poco.—Observemos, además, el gusto nada artificioso que el norteamericano tiene por las flores, a las cuales acude siempre solícito para embellecer su morada, que se acurruca entre bien cuidados vergeles allí donde se ofrece algún espacio a las manifestaciones de la intuición artística; en ese ingenuo arregosto se trasluce indudablemente un nuevo y más alto sentido de la belleza.—Soto Hall conocía perfectamente esos aspectos de la psicología en que se informa el carácter del hombre norteamericano y pudo así describir con cabal exactitud en 1898 lo que algunos años después sería la zona canalera: el canal requería marco digno de su grandiosidad y a ese efecto debía contribuir la potente civilización utilitaria de los Estados Unidos con lo que en ella hay, sin embargo, de ameno y de hermoso, en cuanto expresión de un arte que se insinúa apenas en forma elemental; en *El problema* el canal discurría majestuosamente a lo largo del Río San Juan, por entre márgenes encantadas, tal como lo contemplamos

El retorno de Unamuno
París, Hendaya, Salamanca

=De *La Voz*. Madrid.=

Pregunta, por *Bagaría*



Unamuno.—A mí me desterraron lejos de España por estar con el corazón cerca de España. ¿Qué les pasará a los que hacían lo contrario?

VUELVE Unamuno. Enteramente. En cuerpo y alma. Porque su ausencia no privó nunca a los españoles de su espíritu. Tal es la virtud de los grandes hombres, de los Cides de la acción y del pensamiento: la *presencia moral*. Don Miguel, desterrado forzoso al principio y después expatriado voluntario, no estuvo nunca fuera, ni aun lejos, de sus compatriotas inteligentes y sensibles. Seguían éstos al pensador en su exilio con el recuerdo, con la idea, con la imagen. Pensaban en Unamuno. Y pensar en una persona es tanto como *vivirla* en nosotros, dentro de nosotros y para nosotros. De cuantos españoles alejó de España la Dictadura ninguno interesaba como D. Miguel. Era el español más íntegro entre los desterrados y el más universal, y el más representativo de los *españoles nuevos*. Menor en extensión que la de Blasco Ibáñez, su fama era más intensa y más pura que la del gran novelista, en la que no faltaba nunca el reclamo industrial.

Como nadie ignora, el exilio de Unamuno se compone de tres etapas que transcurren en un islote, en una metrópoli y en una ciudad del Pirineo: Lanzarote, París y Hendaya. Llegado a Francia, Don Miguel se instala en París. Pero no se acostumbra. *no se hace* a París. Le parece pequeño, le oprime. Ha tomado una habitación en un hotel relativamente céntrico. Acude a las tertulias artísticas y políticas de Montparnasse. Va a los museos y las bibliotecas. Alguna vez al teatro. Recibe visitas. Hace un viaje—triunfal—a Bélgica. Aparece una tarde entre los oradores franceses, italianos, rusos, yanquis y británicos que conmemoran, en la sala inmensa del Trocadero, la muerte de Jaurés. Miles de manos se reúnen para aplaudirle. Don Miguel es ovacionado. Su nombre aparece en los periódicos. Sus libros se traducen. Sus artículos se comentan. Don Miguel, sin proponérselo, ha destacado su figura en París.

No obstante, un día toma el tren para trasladarse a Hendaya. No le gusta París

———

De su inadaptación a París me ha hablado Unamuno. Este verano, al regresar de Francia a España, me detuve en Hendaya. Para visitarlo. Lo encontré en la villa de un amigo, en la parte vieja de Hendaya, no en su *chambre* del Hotel Broca, próximo a la estación, que él ha convertido en un hotel histórico. Don Miguel había veraneado en la villa con su familia. No lo supe hasta bien entrada la noche—una noche de septiembre, pluviosa y ventosa—y no creí que pudiera recibirme.

Paso mi tarjeta, me conducen a una sala y Unamuno no tarda en presentarse. Yo lo recordaba mal. Lo veía en el escenario del Trocadero empequeñecido por las dimensiones del teatro. Y como envejecido y triste por los sinsabores del destierro. Ahora es de nuevo el Unamuno sólido y vivaz de Salamanca. El Unamuno fuerte y elocuente. El Unamuno absorbente. Porque es sabido que con él el diálogo es casi imposible. No es diálogo sino monólogo. Pero ¿no hemos venido a escucharle? En esta noche de Hendaya como en ciertas tardes de Salamanca y algunas horas de Madrid, a nosotros nos complace profundamente la situación del que escucha. Hemos venido a oír, *a saber*. Si nos permitimos interrumpir al maestro no es por ánimo contradictorio, sino por apetencia de variedad en su discurso. Por—admítase la gráfica expresión—tirarle de la lengua... Y Unamuno no nos defrauda. De todo—y de todos—nos habla con su verbo vigoroso y mordaz. Con su estilo. Porque Unamuno cuando habla *escribe*. El mismo vocabulario en su conversación que en sus obras: la frase contundente, el adjetivo recio, la metáfora ígnea.

En un momento hace Unamuno varios retratos políticos. ¡Y qué retratos! como de un Velázquez caricatural... De la política pasamos a la literatura. Don Miguel confiesa su predilección por el teatro. Y surge el tema de París.

———

¿Por qué no se quedó en París? ¿Cómo ha preferido Hendaya?

Y Unamuno:

—Verá usted. Yo vivía en un hotel de la rue Wáshington. Y algunos habitantes del hotel con quienes hablaba sorprendíanse de mi inadaptación, de lo que yo tardaba en aclimatarme. «No me aclimataré nunca—les decía—. París no me hace gracia, no es para mí, me aturde y me abruma. Está demasiado compuesto, demasiado aderezado, y hay en él demasiados recuerdos históricos. Me produce la impresión de una gran necrópolis. Me falta en París la... Naturaleza». A un caballero francés le sorprendían mis palabras. ¡La Naturaleza! ¿No tenía agua, mucha agua, en el Sena? ¿No había árboles en todos los bulevares y en el Bosque de Bolonia? Pero yo hablaba de una Naturaleza libre, de una Naturaleza... natural. Y le respondí a aquel caballero francés: «Yo necesito las montañas, las altas montañas, y no pueden bastarme las colinas de París. Yo necesito las llanuras, las amplias llanuras, y me ahogo en el vallecito del Sena... Yo necesito el mar. ¿Dónde tienen ustedes el mar? París me resulta monótono y exiguo». Y sin más explicaciones, un día me marché de París: ciudad—museo, ciudad sin horizontes para mí. ¡Para mí!

En este *para mí* reiterado estaba todo Unamuno: espíritu de altura, hombre sediento de infinito. En Hendaya—mar y montaña—Don Miguel vivió bien. Hondamente, elevadamente. Y ahora vuelve, sano y ágil, rejuvenecido por el destierro, a su gran horizonte hispano, al centro y clave de su alma. A *su* Salamanca.

Alberto Insúa

Carta del Sr. Jiménez de Asúa al Sr. Unamuno

Maestro: Hoy, tras largos años de exilio, pisa tierra española. Esta tierra que con frase vuestra, emocionada y exacta, siente más como padre que como hijo. España, maestro, la España del concepto civil, la de ansias acongojadas, la de espíritu encendido, la que sueña con los ojos arrasados de tiernas lágrimas en un porvenir de inmediata liberación es vuestra, porque la habéis forjado con la austera conducta, con las palabras rudas de vuestra voz grave, con vuestra pluma, que unas veces lanzaba condenaciones apocalípticas contra los fariseos y otras llegaban a nosotros empapadas en lágrimas de nostalgia, en profecía de mejores tiempos. Esta España, que es vuestra hija, os saluda estremecida, anhelosa, cuando vuestros nobles pies, al pisarla, la acarician. Yo, maestro, como uno de los hijos de vuestra hija España os beso la mano reverentemente y os pido vuestra bendición.

Luis Jiménez de Asúa

(*El Sol*. Madrid.)

---

hoy a través del Istmo; fuera de esto, que sólo mira a lo exterior, es decir, al escenario en que se desenvuelve el asunto, éste tiene por fundamento el conflicto de supremacía planteado entre las dos razas conquistadoras que se distribuyen la geografía de América; naturalmente, el conflicto se resolvía al fin, ron la construcción del canal, desde luego, a favor del hombre fuerte, audaz y desalmado que para vencer en esa lucha había contado también con un irresistible instrumento de combate, —el oro. Hay que convenir de buen grado en que para la raza pujante y dominadora constituye triunfo eminente e indiscutible el haber realizado una obra que por su magnitud tan sólo para semidioses se hubiera creído hacedera, allá, en los lejanos tiempos heroicos: espontáneamente surge la analogía entre la construcción del canal y la proeza de Hércules, que desvía a su placer el curso del río Alfeo en los dominios de Augias; sin duda la construcción del canal le apareja supremacía al pueblo norteamericano, émulo de Hércules; pero no

busquéis en ese grandioso triunfo de la inteligencia la cifra de su penetración absorbente; porque, en puridad, no ha sido sino en nuestras propias renunciaciones donde el yanqui ha encontrado circunstancia propicia para ejercer aquellos actos por los cuales nos impone desdeñosamente su señorío de intruso cuya superioridad, después de todo, se reconoce y se acepta sin discusión, antes bien, con silenciosa mansedumbre; una leyenda muy extendida por estos mundos reza con tono fatídico que nosotros, los indoespañoles, somos un pueblo degenerado y, por degenerado, impotente, y es lo más grave de esto que la odiosa leyenda ha creado en nuestro determinismo ancestral, modificándolo profundamente merced a una lenta, pero desconcertante elaboración ideológica, un apocamiento concorde con la tacha de inferioridad que se nos imputa: con el triste desenfado de quien se abandona a lo inevitable, de quien sin lucha se somete a los rigores del «destino manifiesto», fórmula que, a la vez, encubre vileza y cobardía, individuos de nuestra raza ceden el paso en lo propio a la acometividad acaparadora del anglosajón; otros, de blanducha plasticidad y que parecen tener el ánimo particularmente dúctil a la «fascinación del triunfo», se inmovilizan como unos bobalicones ante lo desmesurado o, más bien, lo disforme, de la obra creada,—como si dijéramos, en un periquete,—por una civilización de gigantes; hasta hay entre esos individuos de nuestra ralea indoespañola algunos que, simples o cínicos, se dan a urdir excusas, bien pobres, después de todo, para justificar su indecoroso acomodamiento. Tal es la ideología maleable que sin disimulos prevalece entre la población formada a lo largo del canal por elementos criollos y bajo la influencia de la raza invasora, que, como con toda exactitud nos dice allí Soto Hall, «no era una raza conquistadora, sino absorbente». Sin embargo, por entre la multitud deformada, acomodaticia y afanosa de la nueva ciudad discurre un joven sano y viril, que en el conjunto grisáceo desentona como una protesta, un joven que se diría alimentado, como lo fué otrora el hijo de Tetis, con medula de leones, en esta vez, de aquellos leones que sólo el Cid Campeador sabía domeñar; con lo cual me propongo decir que en el hondón más profundo y, a la vez, más noble, de su organismo, modernizado a lo exterior por los refinamientos de una cultura sin carácter, se conserva, intacto, el meollo de la raza. Este joven salió de aquí cuando sólo tenía cinco años de edad y cuando, por esos días, precisamente, el supuesto canal se hallaba apenas en vías de construcción; durante veinticinco años vivió en Europa y allí nutrió su mente con el néctar de las uvas corintias cultivadas en suelo francés; ahora ha regresado al dulce y amado terruño, en donde no encuentra sino uno que otro vestigio de la frondosa y desbordante naturaleza asociada a los recuerdos bucólicos de su niñez: una civilización implacable lo había trastornado todo; allí donde una jungla espléndida y salvaje reinara hasta ayer con despótica potestad el ingenio del hombre ha levantado una urbe que, por sus construcciones y sus jardines, emula hoy soberbiamente a la antiquísima Babilonia, aquella ciudad regada por el Eufrates, cuyo curso desvió Darío. Pero lo que de tan extraordinaria metamorfosis particularmente impresiona y preocupa al Dr. Escalante, el joven a quien vengo refiriéndome, es la ductilidad con que el criollo de origen indohispano o, netamente, hispano, es decir, en que no hay aporte alguno de sangre indígena, concibe y actúa según los modos, las costumbres, el carácter, en fin, del anglosajón, ése cuya primitiva y fuerte vitalidad se marca en todas las cosas allí a su alcance con el sello, moldeado en bronce, de una agresiva rudeza. Advertía el Dr. Escalante, sobre todo, en esa lastimosa inversión de valores étnicos, con pesadumbre, naturalmente, y, a mayor abundamiento, con desagrado, hasta qué punto el fenómeno se había operado en los miembros de su propia familia, magüer que alguno tuviese, en ocasiones, veleidades de cómica insumisión; no era en realidad ese cambio el efecto artificioso de una moda, que, a fuerza de voluble, como tal, llevaría en su propia índole el germen de todo lo efímero, no obstante la fuerza con que a la frivolidad humana se impone; no había allí, como podría creerse, una simple yuxtaposición de valores psicológicos, en que lo de abajo, lo oculto, permanecía incólume; era más bien una forma de anulamiento en que la personalidad de los naturales desaparecía totalmente con cuanto en ella atestigua el poder de una raza que ha sembrado de civilizaciones la historia del mundo; en nadie, con todo, se había efectuado la transformación tan característicamente como en Emma, una prima del joven. «Era una mujer admirable», dice el novelista. «Alta, robusta, fuerte, sus caderas eran redondas y su pecho erecto y sólido; la sangre ardiente que circulaba por sus venas teñía de vivo púrpura sus mejillas y parecía querer saltar por sus labios; la mata negra de sus cabellos ondeaba por su frente y en torno de su cuello de mármol; una recia musculatura se adivinaba bajo su blanca y transparente piel de raso; todo en ella demostraba un gran temperamento, una gran naturaleza, un molde soberbio para la procreación. Cuando reía, cambiaba como por encanto. Su rostro se tornaba soñador y su mirar apasionado; aquella hermosa figura parecía esfumarse en los contornos de un ideal divino. Chispeaban sus grandes ojos leonados, de natural serenos, y adquirían bajo el toldo de sus pestañas negras una irresistible fascinación».—Nótanse en este boceto fisonómico los rasgos inequívocos de la estirpe latina, a que la joven pertenece; pero el conjunto corresponde al tipo de la mujer norteamericana tal como lo ha moldeado un ambiente cuyos factores sociológicos actúan a todas horas y de consuno cual si su objeto fuese tan sólo producir individuos de presa; sociedad formada por audaces y, muchos de ellos, desalmados buscadores de oro, en quienes, por esta circunstancia, existe una latente predisposición a la acometividad, nadie en la América del Norte logra sustraerse a las imposiciones de la lucha, porque evadir la lucha en ese palenque tumultuoso, donde no se conoce la piedad, sería como decidirse a sucumbir con la resignación de quien se siente irremediablemente vencido; la lucha en ese país aparece más bien, por eso, como una actitud defensiva y, en ese carácter, a todos por igual se les impone en el tremendo garbullo allí creado por la civilización tecnológica a que tal pueblo debe su tosca grandeza; como ley de imperativo biológico, la presión formidable que así se desarrolla en todas direcciones obra, como es natural, sobre la dúctil economía de la mujer, por medio de varios agentes, entre ellos, el deporte, infundiéndole, junto con una vigorosa salud, aquella energía y aquella desenvoltura que, en condiciones idénticas, le permiten asumir y desempeñar con buen éxito papeles hasta no ha mucho considerados como exclusivamente afectos al varón; así, mientras en otras naciones la mujer toma posturas sentimentales, a veces un poco ridículas, y brega con gesto airado por conquistar derechos un si es no es ilusorios, esta mujer de la América anglosajona ha realizado un programa de feminismo que prácticamente hace desaparecer toda forma de desigualdad civil entre ella y el hombre; con la voz muy poco galante de *marimacho* se calificaba otrora a la mujer que por excepción así mangoneaba desenfadadamente en la vida; no se juzga a la mujer con tan extremo rigor en los tiempos que corren, no embargante los cambios que en su ideología, en su temperamento y en sus costumbres ella ha sufrido, por efecto de esa forzosa connaturalización con lo hominal; después de todo, lo que sucede es que la mujer ha evolucionado, como todas las cosas, y que, según resulta lógico, allá, en el Norte, ha evolucionado bajo las influencias que en torno suyo desata un imperioso e incontrastable materialismo; la mujer norteamericana deja en nuestro ánimo, a pesar de todo esto, una impresión de poder realzado por la gracia femenina, que generalmente cobra, como se insinúa en *El problema*, la magia de «una irresistible fascinación». En tales condiciones, Emma, la joven criolla, aparece allí como un símbolo de la civilización tecnológica que la ha formado en sus toscos moldes; pero ante esa figura provocativa y fuerte, en el pensamiento del Dr. Escalante, Julio, surge, «alta, delgada, fina, casi débil», como la evocación de un ensueño que se dibujase poéticamente en la lejanía, la imagen un poco triste de la novia dulce y bien amada, que había quedado en París. Julio «recordaba la palidez blanca de Margarita; su cuerpo nervioso; su aspecto tímido; el suave mirar de sus ojos negros, toda ella, en fin, tan diáfana, tan vaporosa. ¡Qué diferencia», reflexiona Julio ante ese recuerdo, «entre esta mujer y la otra, Emma, con quien había pasado todo el día». Otros pormenores acentúan en el curso de la novela el esbozo de Margarita,

cuya personalidad se delinea, característicamente, como la encarnación de la raza: «Margarita era noble, pero impotente; soñaba con volar, pero eran débiles sus alas; sentía la atracción de todo lo grande, pero no podía ejecutar ni lo pequeño; bogaba siempre entre dos ideas, sin resolución para echarse en brazos de una y consagrarle todas sus energías.» Así formada, Margarita es el producto natural del ambiente creado por la civilización humanista en la vieja Europa, cuya decadencia una sagaz y valiente pluma ha dibujado después con negros colores; tal como Emma en el nuevo mundo, Margarita cobra también valor de símbolo en aquel continente gastado, donde el valor de los músculos se disuelve al parecer en una nimia labor de refinamiento, lo que desde luego entraña un punto de analogía con el legendario imperio celeste, bien conocido por su lenta declinación en la historia de las civilizaciones. Nacido en América, educado en Europa, el Dr. Escalante, todo confuso y perplejo, se siente ahora, falto de voluntad, como si estuviese a merced de esas dos poderosas atracciones femeninas, cada una de las cuales, en lo que a su representación teórica incumbe, brega silenciosamente por hacer triunfar en el espíritu conturbado del joven las normas que imprimen dirección a la actividad de la raza, en un trágico pique de supremacía; planteado el conflicto entre dos términos que no ofrecen posibilidad de conciliación, el Dr. Escalante observa con desánimo que su voluntad, dominada, por fin, cede a la influencia de la joven criolla, en quien ha encarnado, como expresión de los tiempos, ese espécimen de mujer modernizada por toques de cultura que, sin quitarle encantos inherentes a la feminidad, desarrolla en ella aptitudes de dominio que hasta no ha mucho tuviéronse por cosa extraña a los miramientos de su condición; este triunfo de la mujer moderna denuncia, por otra parte, en el hombre de nuestros días, cada vez menos romántico, como efecto de las ordalias a que lo somete el rudo vivir, un endurecimiento de la sensibilidad, que, con agrado en que hay algo de voluptuoso, reacciona dócilmente bajo los estímulos de la fuerza, cuando la fuerza atrae y sojuzga con mimo en que se encubre todo intento de dominación, siempre ocasionado a rebeldías, en haciéndose sentir. El conflicto queda de ese modo resuelto con el triunfo de Emma; es decir, de la civilización tecnológica, que ella simboliza; el Dr. Escalante comprende, no sin dolor, y no sin rabia, también, que en él se cumple, como por obra de irremediable fatalidad, el proceso de asimilación bajo el cual pierde su carácter étnico la gente indoespañola cuando entra en contacto con aquel pueblo del Norte que hace por todo el mundo vigorosa labor de conquista; la idea que aquí me propongo expresar se traduce mejor a través de este simple y gastado lugar común,—«conquista de progreso»; porque, efectivamente, mediante empresas de este orden es cómo ese pueblo tiende a asegurarse predominio mundial, a cuyo fin cuenta con dos elementos inapreciables y que emplea sin escrúpulo y sin medida,—la audacia y el oro. Sin embargo, el Dr. Escalante no se amaña, así como así, a un orden de ideas y de cosas que, en cuanto tiene de esencial, choca con su origen, con su temperamento y con su educación: en él, el ansia de integridad rehusa someter los propios valores a la supremacía presuntuosa de supuestas o posibles superioridades; sostiene una lucha heroica por mantener en toda su prístina pureza los atributos históricos de su personalidad; pero ese esfuerzo es inútil: el ambiente exótico en que vive descubre en torno suyo horizontes hacia los cuales hay que ir resueltamente en persecución de halagüeñas posibilidades; un sensualismo codicioso mueve en él ahora los resortes de la acción; en su fisonomía moral apuntan ya ciertos caracteres que corresponden a la filiación del tipo saxoamericano, muy otro, váyase esta observación por vía de paréntesis, de lo que supone la raza anglosajona. Vencido, anonadado, el Dr. Escalante piensa entonces en morir: sólo en el seno piadoso de la muerte encontrará refugio y defensa contra el poder que lo domina con el sortilegio de una fascinación humillante y contra la cual hace ya tiempo lucha en vano; está decidido: debe morir. Un día, que paseaba a caballo, «alcanzó a divisar, allá, en los confines del valle, pequeño, como una hormiga, un tren que se encaminaba al muelle de San Rafael». «El tren avanzaba con asombrosa rapidez». «Julio se aseguró en la montura, como lo hubiera hecho un caballero medioeval en un torneo, antes de lanzarse sobre su contendiente; clavó al potro las espuelas y, sobre el camino férreo, a galope tendido, fuese al encuentro del tren». «El tren y el potro corrían velozmente: la hora de encontrarse no se hizo esperar». «El encuentro fué inevitable; caballo y caballero, arrojados por la gran mole de hierro, rodaron juntos sobre las bruñidas cintas de los rieles; después, entre el traquetear de los carros, los suspiros del vapor y el metálico ruido de las ruedas, se oyó un crugir de huesos y el ahogado relincho de un caballo». Así sucumbe, triturado atrozmente por una máquina de progreso, ese fiel, pero desencantado representante de la raza latina. No doy aquí un resumen de la novela hace cosa de treinta años publicada por Soto Hall entre nosotros; tan sólo doy una idea; eso fué lo que me propuse, a lo menos; pero aun así, puede que algún suspicaz crea descubrir en éste o en aquel otro trazo una dolorosa prognosis de pesimismo, si se considera, según como allí aparece, que a la americanización del país el pueblo criollo no opuso la resistencia que convenía a la gravedad de la circunstancia; efectivamente, el pueblo criollo mostró, antes bien, cierta ductilidad para acomodarse a las condiciones de existencia que establecía el orden de cosas creado por la apertura del canal; pero conviene advertir ahora, como explicación del problema, que si el pueblo nativo se transformaba, en cuanto concierne a su índole, con arreglo a exótico dechado, esto ocurría porque en él se agitaba una virtualidad sensible por naturaleza a acuciosas y laudables emulaciones; prácticamente, patentizábase en él la posesión de esa virtud al poner en uso los métodos de trabajo con que la raza invasora se aseguraba el éxito en todas

Hoja de album

Para la Sra. ***Hipatia Cárdenas de Bustamante.***

La romántica flor de la osadía
que cultivó Manuela Cañizares;
Mariana de Jesús: melancolía
de un católico ramo de azahares

se apaciguaron en el valle quieto
que atenúa el fulgor del infinito:
—cilicio de azucenas o triunfante amuleto—
trenzados con las rosas o los nardos de Quito.

...En un eco muriente se fué el romance viejo
y aunque duerme en la piedra de las cruces
la insinuante parábola de Espejo
despierta con las nuevas y deslayadas luces
en que refleja el similor la ausencia
del iris limpio en la jornada brava...
¡Y la piedra se siembra en la paciencia
de un silencio de esclava!

Para el camino del instante pobre
no hay valor de mujer que subyugue y encante:
la palabra es de cobre
y el corazón del hombre un niño agonizante!

Vivo milagro evocador su huella.
Y en el valle en que nacen los silencios tenaces
júbilo claro de animación su estrella
y sobre el alabastro romántico, la bella
caricia de sus manos eficaces!

Por su memoria fulgurante pasa
una memoria en contraluz de olvido:
tiene el fervor de Aspasia
y el poético ensueño enternecido.

Sabe olvidar el frívolo contorno
pero la imagen noble, fija, intacta y durable.
Su verdad se refleja, sin adorno,
sobre su corazón, recuerdo perdurable.

Pudo atizar un fuego de heroísmo
o ser la animadora
de inigualado madrigal que borde
en un lienzo de otoño con hilos de la aurora.
Se hacen de ritmo acorde
su ánimo sobrio y su dulce lirismo:
Encendería el cirio del retablo
donde se apagan místicos amores,
tejería laureles,
para la gloria de los vencedores.
Hiriera su venablo...
No escapará de la mejor semblanza.
En el espejo de sus ojos fieles
clara imagen alcanza
su alma: un anhelo vivo de infinito
fragante de las rosas y los nardos de Quito.

Augusto Arias

Quito, Ecuador.

(Envío del autor.)

aquellas obras que emprendía: así lo vemos en *El problema*, que de ese modo, con certificaciones irrecusables, desacredita el injusto concepto de inferioridad en que a los latinoamericanos se nos tiene con respecto a la gente del Norte; porque la historia atestigua con lujo de testimonios nuestra aptitud congénita para llevar a cabo empeños cuya realización pide audacia y empuje en el mortal que las acomete; no ha disminuido, no, nuestra capacidad para la empresa ardua, para el trabajo rudo: lo que sí ha cambiado, y esto a influjo de la civilización, es el objeto que enantes se perseguía por medio de esas virtudes y otras análogas; sí: el latino de aquende allá se hombrea en las maestrías del comercio y de las industrias con el saxoamericano: conclúyese lógicamente de aquí que *El problema* comporta un hábil alegato reivindicatorio, de ningún modo inoportuno, en favor de los indoespañoles, cuya capacidad tecnológica, como agente de engrandecimiento, se pone en tela de juicio: el alegato, después de todo, ahora y siempre tendría indiscutible oportunidad, porque se ha llegado a admitir como cosa evidente que nuestra raza, tras centurias de gloriosa dominación, en que, sin calcular el límite de las posibilidades, derrochó locamente sus mejores energías, ha entrado, al fin, por ley de orden biológico, ineludible, como tal, en el período de la decadencia; esa deplorable especie, o mejor aún, ese deplorable prejuicio, que actúa como una morbosa obsesión, deprime en verdad nuestro ánimo, hasta caer en abandono que ahoga todo conato de defensa; pero la generosa y fecunda potencialidad de la raza está sólo latente: para sobreponerse con efectividad a todo posible riesgo de subordinación, cumple al pueblo de estos países no ceder cosa a sus temibles competidores y entrar de lleno y con resolución en la lucha,—que es lucha de trabajo,—no sin haberse provisto, eso sí, de los instrumentos con que, en cuanto emprende, logra triunfos ruidosos el pueblo hoy en auge; porque sin esos instrumentos, aun la idoneidad científica carece de eficiencia para alcanzar éxito que, en su misma brillantez, no sea, o ilusorio o frustráneo. A tal conclusión conduce directamente la lectura cuidadosa de este libro, y no porque el autor lleve hasta allí a sus lectores por en medio de tendenciosos apartes; no: para llegar a ese resultado, el autor, que se ciñe hábilmente a su modesto papel de cronista, sólo ha necesitado construir un pequeño mundo, allí donde el bosque enredaba ha poco su melena hirsuta, con los materiales que le ofrece el espectáculo de una realidad sagazmente adivinada en la lejanía por su imaginación de zahorí. Magüer fruto de juventud, hay en esta novela de nuestro conterráneo sólidas cualidades de madurez,—la observación, por ejemplo; no encontraréis allí cosa alguna que no refleje la vida por los diferentes aspectos a través de los cuales él la ha contemplado; su armazón forma unidad orgánica; está escrita con elegante desenvoltura; la naturalidad excluye toda sospecha de artificio. Aparte la generosa finalidad que este libro encubre discretamente,—por su concepción, por su desarrollo, por su factura literaria, en fin, *El problema* de Máximo Soto Hall es una bella obra, en su género.

JUSTO A. FACIO

San José; Costa Rica; Noviembre de 1928.

(Envío del autor)

Estampas

El imperio del aire es tan funesto como el de la electricidad

No hace mucho estas mismas páginas eminentes del *Repertorio* diseminaban por América el pensamiento de Blanshard denunciando *El Imperio Eléctrico del Tío Samuel*. La voz admonitora de los peligros de las fuerzas oscuras acaparadoras de la energía eléctrica del Continente nuestro venía, como en tantas ocasiones, de la propia nación norteamericana.

Hemos aguardado la voz de allá que nos despierte a los peligros de *El Imperio Aéreo del Tío Samuel*. No ha venido aún, no obstante la expansión incontenible con que la nueva cetrería del Norte va sometiendo a su exclusivo dominio las rutas aéreas de estos pueblos. Y sin embargo, es el del aire un imperio tan funesto como el de la electricidad. Y por lo mismo, menos propicio a ser percibido por nuestros pueblos. De las rutas aéreas no podrá servirse durante mucho tiempo sino cierto sector burgués sin visión de los valores que dan contextura libre a estas nacionalidades vacilantes. Lo cual hace insensible a la gran población, que es al final la que sufre todos los vasallajes de conquista.

El término burguesía, como el término proletariado, nos son repugnantes. Han sido y siguen siendo tan sobajados que no conservan nada de su sentido real. Sin embargo, no encontramos en esta ocasión una expresión que reuna con tanta exactitud a ese coro de mentalidades prontas a abrirse a las falacias del progreso. Acudimos al término burguesía y enfila él ese elemento humano de ideas reducidísimas, ignorantón, engreído, con una concepción agraria del país. Es a este elemento al que penetra la civilización importada explotándole su vanidad y su falta de escrúpulos. Porque el capital norteamericano que nos conquista necesita el taladro que acomode la expansión de la estaca. Y es el hombre inescrupuloso el que mejor lo sirve.

Con la aviación estamos viendo cómo el burgués es el que la exalta para condenar a los países que no la tienen. Constituye una fuerza en favor de ese nuevo *Imperio Aéreo del Tío Samuel*, y una fuerza ciega, porque no contempla nada más que los beneficios del momento. La conquista de las rutas aéreas cuenta con esa fuerza y con la indiferencia total de la masa popular. La consecuencia es funesta. País que entregue su espacio a la zarpa de afuera es país limitado por el lado que un principio de libertad manda tener abierto a todas las alas.

Nuestro país ha entregado lo que el himno llama «límpido azul de tu cielo». Con gran pompa acaba de inaugurarse el servicio del correo aéreo. Es un brazo de ese *Imperio Aéreo*, la *Pan-American Airways Co.*, el que apretará dentro del cuenco férreo de su mano los millares de sacos confiados al monopolio. La voz trashumante, cuyo único destino es ahuecarse por donde sople el viento que la tumbe a los caudales que la sustentan, nos pregonó el bien de los aletazos de estos aviones civilizadores. Pero esa voz, que no por gastada debe sernos indiferente a los que hemos venido pidiendo la custodia de nuestras rutas aéreas, con un sentido visionario, tiene que comprender nuestra repugnancia por su intromisión. No vaya esa voz a llevar a la hoja impresa que lo tiene destacado en este lado de la línea ecuatorial, afirmaciones falsas. Ante todo deberá contenerse de decir que nuestro país ha recibido con la aviación de la *Pan-American Airways Co.*, el influjo de la *civilización*. Si esta Compañía ha clavado su estaca en suelo costarricense es aprovechándose de nuestra desorientación. Es cierto que algunos espíritus preocupados intentaron ahuyentarla, denunciándola como un agente de esclavitud, pero los principios en que sustentaran su campaña son tan sólo estorbos contra la civilización, lo que la miopía y la mala fe entienden por civilización cuando hay que convertir a un país en campo de negocios. Esos enemigos de la civilización no han estado nunca con la *Pan-American Airways Co.*, porque este *trust* del aire viene impulsado por el satanismo que se expande allá en el Norte y busca el rumbo de estos países fáciles a la conquista.

Si un diario importante de nuestra América nos hiciera el honor de preguntarnos qué deseamos en materia de aviación para nuestro país, contestaríamos por cable si la magnanimidad editora nos lo hubiera confiado, que control absoluto de nuestras rutas aéreas. Afirmaríamos el principio de que sin libertad en el espacio no se concibe libertad en el suelo. Los progresos que la aviación va realizando día con día deben ponernos alerta. Lo que ahora entreguemos bajo el apresuramiento del capital fenicio, no tendrá dentro de breves años rescate posible. Nos apaciguan diciendo que el contrato por el cual la *Pan-American Airways Co.* se ha establecido en Costa Rica, está limitado a quince años. Pero eso es negarse a discernir. Esa Compañía no nació entre pingüinos sino entre gerifaltes. Tiene todos los confines de nuestras tierras y de nuestros ríos para asiento de su estaca. Es la primera que llega y será también la única. Para toda otra nave en cuyas alas se vislum-

bre una competencia están cerradas nuestras rutas aéreas. La *Pan American Airways Co.* es dueña a perpetuidad del «límpido azul de tu cielo.»

No inventamos cargos ni queremos volvernos sombríos. Ya hace mucho tiempo venimos astillando el artículo de W. Irving Glover, segundo auxiliar del Director General de Correos de los Estados Unidos, Encargado del Correo Aéreo. Ese artículo es el que nos hace mirar con profundo pesar el establecimiento de la *Pan-American Airways Co.* en Costa Rica. Es una Compañía inclinada a ejercer esclavitud, nacida quizás con ese destino. Y ninguna mente limpia de la tara del liberto hará el elogio de un poder semejante. Por eso condenamos la voz trashumante que ha venido a hacerlo. El señor Glover es franco en sus designios. Oigámoslo: «Al fin el Correo Aéreo de los Estados Unidos se extiende a los otros países en su empeño de hacer universal ese servicio. La ruta Miami-Panamá, inaugurada recientemente por el Coronel Lindbergh, no es sino un paso en la dirección de los planes del Departamento de Correos. La ruta Miami-Cristóbal, a través de México, Honduras Británica, Nicaragua, Costa Rica y Panamá, en cuanto se haya establecido completamente, de acuerdo con el contrato celebrado entre el Departamento de Correos y la *Pan-American Airways,* incluirá Guatemala y El Salvador dando al correo aéreo una conexión completa en todos los países panamericanizados».

Los descreídos podrán leer esas declaraciones y exclamarán que el Departamento de Correos de los Estados Unidos no hace sino impulsar el progreso, civilizarnos. Pero tendrán necesariamente que alarmarse leyendo las que siguen del propio señor Glover: «Es esta ruta (Miami-Cristóbal) una de las primeras rutas de correo aéreo exterior de larga distancia que el Departamento de Correos ha proyectado en su esquema expansionista para conectar los Continentes, el de Norte América y el de Sur América en un gran sistema de rutas aéreas que acercará a estos países no sólo comercialmente sino diplomáticamente». Como se ve *El imperio Aéreo del Tío Samuel* está en crecimiento. Y es un Imperio que no guarda ni siquiera las apariencias. Esto hace que, al contrario de la voz trashumante, sintamos profundo recelo por la *Pan American Airways Co.,* el instrumento ejecutor de ese imperialismo.

Nuestra voz aislada no conseguirá detener la expansión, pero ha de quedar ella al menos como un testimonio que podrá revisarse en lo futuro, cuando profunda ya la estaca no podamos rescatar nada de lo que hemos entregado. No es voz oracular porque está sustentada por declaraciones de la misma cetrería del norte hechas para que el que tenga ojos que vea y el que tenga oídos que oiga.

Juan del Camino

Cartago y marzo del 30.

(*Envío del autor*)

Panorama de los movimientos estudiantiles de Latino-América y sus proyecciones

y 2.—Véase la entrega anterior.

El movimiento estudiantil-obrero de Caracas tuvo inmediatas proyecciones en otros pueblos continentales. Las vanguardias colombianas fueron las primeras en solidarizarse con nuestra actuación, en forma de manifestaciones hostiles a la dictadura venezolana y a su representante en Bogotá, el mal poeta y peor ciudadano Andrés Eloy de la Rosa. Y luego, llevando al terreno de la propia beligerancia las sugestiones que, a traves del ande, les venían de Caracas, actuaron en forma similar a la nuestra. En abril del 29 adoptaron también la boina vasca como señal de grupo; y a poco, en los primeros días de junio, tuvieron oportunidad de llevarla a la barricada, para bautizarla con sangre de estudiante. Protestando por la designación de Cortés Vargas, asesino de los trabajadores huelguistas de la Zona Bananera, para un alto cargo administrativo, los estudiantes de Bogotá organizaron una manifestación popular. Las descargas de la policía mataron al universitario Gonzalo Bravo. Mas de cien mil personas acompañaron su ataúd. Los líderes estudiantiles, orientando hacia finalidades concretas los sentimientos populares de protesta, crearon al gobierno de Abadía Méndez una situación en extremo crítica, la cual vino a resolverse con la renuncia del Secretario de Guerra Rengifo y con la destitución inmediata de Cortés Vargas. Fortalecidos por este triunfo de opinion, el estudiantado de Colombia ha continuado actuando en forma definidamente política. Un dato expresivo a este respecto lo señalamos en la resolución adoptada recientemente por el Centro Departamental de estudiantes bogotanos de controlar, por vía de comisiones elegidas del seno del grupo, las elecciones municipales de la capital y evitar de ese modo los fraudes que se cometen en las urnas por el partido en el poder.

El estudiantado mexicano insurgió luego, logrando, con el concurso de huelgas y de otras armas de lucha social, la total autonomía universitaria, funcional y económica. Aun en fermento la sangre joven por las revueltas que dieron esas conquistas, se planteó la cuestión eleccionaria. En forma decidida han actuado las izquierdas estudiantiles en el partido anti-reeleccionista que dirige Vasconcelos, cuyo triunfo en las urnas del voto fue escamoteado por manejos de los hombres del gobierno de Portes Gil, empeñados en hacer triunfar la candidatura oficial de Ortiz Rubio. En esta hora incierta, cuando la reacción, aliándose con el imperialismo, amenaza liquidar las conquistas de la revolución, necesita México del concurso resuelto de su gente joven; y ésta no se lo ha negado, desplazándose en forma definida y activa de las cuestiones específicamente universitarias a las de la lucha política y social.

En Santo Domingo, el estudiantado también dijo su palabra, en un reciente conflicto interno. Desde mediados del año pasado venía anunciándose en el país una aguda crisis política, determinada por el propósito continuista del gobierno de Horacio Vázquez. Conscientes de su responsabilidad social, las vanguardias universitarias definieron su posición. El líder Luis Romanace, dió cauce y forma a esa actitud. En los primeros días de febrero hizo reunir la Asociación Nacional de Estudiantes para poner en consideración del grupo una moción que él concretaba así: «Enviarle al Presidente de la República, General Horacio Vázquez, una exposición sobre la crítica situación del país y las funestas consecuencias que pueden sobrevenir de ella y pedirle como una manera de conjurar el peligro que desista inmediatamente de su reelección». Razonando esa proposición, recuerda el compañero Romanace el entusiasmo comprensivo con que la gente joven de Santo Domingo acogió mis campañas de prensa y de palabra contra el régimen estúpido de Juan Vicente Gómez y concluye: «Si seguimos el criterio de considerar estos asuntos trascendentales como ajenos al fin de nuestra asociación, tendremos que reconocer que no fuimos sinceros cuando aplaudimos la actitud de nuestros compañeros de Venezuela y de Haití.» Elementos ajenos a la A. N. E. U., enviados expresamente por el gobierno, provistos de armas y con la consigna de obstaculizar la votación, impidieron que triunfara la tesis de Romanace cuando fue propuesta al estudiantado. En el teatro donde se celebraba la sesión se promovió un escándalo, que practicamente escindió en dos grupos a la A. N. E. U. De un lado, con su bagaje de ideas heredadas a la espalda, quedaron los tibios, los apolíticos—o políticos digestivos—los que «hacen de la juventud profesión»; del otro, militante y audaz, se situó en su línea de acción el sector de los independientes. El compañero Romanace, relatando lo sucedido en el Teatro Rialto de la capital dominicana durante la sesión a que hemos hecho referencia, escribía así a los directores de la compactación oposicionista, en carta pública fechada el 18 de febrero: «Quiero hacerles notar a Uds. este hecho—se refiere a la ingerencia del gobierno en las deliberaciones estudiantiles—para poder interrogarles de esta manera: ¿Es lógico presumir que el gobierno celebrará unas elecciones presidenciales verdaderamente libres cuando en una sencilla votación de ciento y tantos estudiantes ejerce la tan denigrante presión a que

me refiero?» La respuesta de la compactación fué recurrir, seis días después, al remedio de las armas. En Santiago de los Caballeros estalló un movimiento popular armado que en el curso de una semana, sin mayores derramamientos de sangre, echó por tierra al régimen continuista de Horacio Vázquez. Su gobierno pertenece ya al pasado. El futuro será modelado por manos de gente joven, más limpias y más eficientes para la función directora.

El estudiantado de España, reflejando la inquietud americana, actuó también, adoptando valientes posiciones frente a la estupidez encharreterada del Directorio. Tomando como inmediata plataforma de acción una protesta ante concesiones ilegales hechas por Primo de Rivera a institutos educacionales de los jesuitas —sus colegas en el parasitismo burocrático—, los universitarios orientaron luego el sentido de sus luchas hacia el terreno positivo de la política. Los dragones de Alfonso, hombre de paja de la dictadura, disolvieron a mandoblazos las manifestaciones estudiantiles-obreras. El Primo y sus esbirros demostraron, con la brutal energía desplegada en esta oportunidad, que habían penetrado bien el sentido de la revuelta. Detrás de la muchachada idealista y briosa estaba el espíritu de todo un pueblo. Desde su destierro de Hendaya, abarcó el panorama del momento la pupila abuela de Don Miguel de Unamuno; y arrancándose de la entraña palabras de comprensión y de aliento se las envió en un mensaje, noble y vigilante, como todo lo que sale de la pluma veterana del gran viejo. El movimiento estudiantil fue debelado, mas sólo de manera transitoria. Expresión de un fenómeno profundamente enraizado en las condiciones político-sociales de la nación, pervivía en potencia, esperando el momento de manifestarse. Y en estos mismos días brotó otra vez. El frente reaccionario no resistió el asalto. Primo y su camarilla clérico-militar fueron desplazados del gobierno. En el triunfo se crecerán las reservas dinámicas y la fe en sí misma de la nueva generación. Y será ella, si se disciplina y se pone a tono con el sentido social—antítesis del inveterado individualismo anárquico de los españoles—que orienta hoy toda lucha política, la que liquidará el ya carcomido régimen dinástico de los Borbones y hará de su patria una democracia revolucionaria.

Con visión panorámica hemos abarcado el proceso de los movimientos estudiantiles de Latino-América y su proyección en España. En forma sintética pasamos revista a los inmediatamente posteriores a la insurgencia de Córdoba, ya que las obras de los compañeros del Mazo, Ripa Alberdi, González, etc., han llevado al conocimiento de las gentes cultas de América las peripecias de esas luchas. Mayor suma de datos hemos aportado al estudio de los movimientos de reciente fecha, especialmente al movimiento venezolano, del cual fuimos actores y cuyas proyecciones han sido sin duda las más trascendentales dentro de la lucha antidictatorial y revolucionaria. Se impone un balance general. Y ese balance nos lleva antes que todo a la conclusión, al examinar la semejanza de objetivos de lucha de las guerrillas rebeldes, de que las izquierdas estudiantiles se han desplazado resueltamente hacia los debates de la plaza pública, hacia la política activa y militante. Solo en momentos aislados, como reacción transitoria ante determinadas condiciones ambientes, pudieron los precursores de la reforma interesar al alumnado en los problemas no universitarios. La mecánica determinista de los mismos hechos sociales, cumplidos en una dirección progresivamente coaccionadora del espíritu de libertad, se encargó de elaborar en la gente joven la conciencia de responsabilidad social, tan borrosamente acusada hace diez años. Y urgida por ese sentido de responsabilidad, ha actuado con firme decisión contra las clases traidoras que usurpan el poder en nuestros pueblos.

La labor cumplida y la labor en marcha es para enfervorizar a cuantos luchan por una América consciente de su destino. Sin embargo, cegados por su afán ortodoxo, por su pasión izquierdista—«manía infantil», decía Lenin—los «rojos» del continente, reunidos en Buenos Aires para celebrar la Primera Conferencia Comunista Latino-americana calificaron desdeñosamente a nuestras luchas como «movimientos pequeño-burgueses de intelectuales» Si fueran menos dóciles para aceptar, sin previa crítica solventadora, tesis redactadas en Europa con el más paladino desconocimiento de las condiciones político-sociales del continente, no desdeñarían estos compañeros el aporte de nuestras luchas a la causa revolucionaria. Aporte trascendental, por cuanto ellas, al derrocar a las dictaduras criollas, aliadas del imperialismo extranjero, habrán trascendido la primera etapa de la jornada anti-imperialista y social de América-Latina.

Rómulo Bentancourt

(Envío del autor)

San José, Costa Rica, 1930.

Dos baladas

(Envío del autor)

La balada del señor de las esmeraldas

Tengo una casita,
perdida en el bosque:
se cumplió mi sueño
de vivir en isla.

Una isla pequeña,
que sea muy isla,
pues las islas grandes,
dejaron de serlo.

Isla mi casita
y barco velero.
Son los dos balcones,
castillos de proa.

Niñas doceañeras,
juegan las miradas,
cuando están abiertas
las cuatro ventanas.

Están las ventanas
en forma de cruz,
al Este, al Oeste,
al Norte y al Sur.

Mis ojos en medio,
beben alegría,
por el dulce vino
de las hojas verdes.

Mis ojos en medio,
se me han vuelto locos,
entrando y saliendo,
saliendo y entrando.

Y dicen mis ojos:
ya pasó la lluvia,
juguemos ahora,
niño sube y baja.

Esmeraldas cerca,
y esmeraldas lejos,
alma mía, ¿has visto
cuántas esmeraldas?

Mis ojos volvieron
ricos, a la casa,
con su cargamento
de piedras preciosas.

Esmeraldas fuera,
y esmeraldas dentro,
alma mía, ¿has visto
cuántas esmeraldas?

La balada del hombre que estaba saturado d'injurias

Mi vida es una copa y los calumniadores,
hasta los bordes, llena, tan llena la dejaron,
qu'ahora nadie puede calumniarme, sería.
hacer que inútilmente rebalsara la copa.

¡Bendito sea Dios! pues por estas calumnias,
soy isla, soy remanso, soy ojos, soy oídos,
y sé que son tambores y pitos las palabras,
y veo nuevas rosas de luz y oigo las fiestas

divinas de la flauta, del piano, del violín,
y de los violoncelos y d'aquellas guitarras
cabras retozadoras. Y cerrados los ojos,
el disco es un espejo musical, Paderewski

ortofónicamente juega, son tocadoras
estas manos, quisieras, oír, oír, oír—
oyes.—¿Y qué se hicieron las calumnias? Ahora,
hasta los bordes, plena de Dios, está la copa.

A. H. Pallais

Brujas de Flandes, noviembre de 1929.

En el Monte Sacro

=De *El Libro de Oro de Bolívar*, por *Cornelio Hispano*. Garnier Hnos. París. 1925.=

DON Manuel Uribe Angel, patricio colombiano, refiere así la entrevista que tuvo con don Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, en Quito, en 1850:

«Un día recibí del doctor Pedro Antonio Torres, deán de la catedral de Quito, el siguiente billete:

«Mi querido Manuel: come »hoy en casa un amigo viejo »y, como quiero que seas de »los nuestros, te espero precisamente a las cuatro de la »tarde. Comeremos más y comeremos menos. Tuyo, *Pedro Antonio*.»

»Asistí a la cita, y al entrar en el salón, el doctor Torres se puso de pie, y dirigiéndose a un sujeto con quien conversaba familiarmente, dijo:—Don Simón, tengo el gusto de presentar a Ud. a mi amigo el doctor Manuel Uribe Angel. Doctor, presento a usted a un antiguo compañero de armas, el señor don Simón Rodríguez. Dirigiéndome entonces al anciano, a quien había sido presentado, no creí hallar en los recursos de mi pobre educación una frase más amable y más adecuada a las circunstancias que ésta:—Señor don Simón, tengo mucho gusto al conocer y saludar al maestro de nuestro Libertador.

»El viejo Rodríguez, con una risita que me pareció sarcástica, me contestó:—*Fuera de ése, tengo algunos títulos para pasar con honra a la posteridad.*

»—La mesa está servida, dijo el canónigo; amigos míos, vamos a comer.

»Sus relaciones llegaron después a ser íntimas. Don Simón almorzaba y comía diariamente con Uribe Angel, que, encantado, lo escuchaba discurrir sobre todas las cosas divinas y humanas.

»Una tarde, paseando juntos y departiendo en mucha intimidad, se detuvo de pronto don Simón y le dijo:

»—Para que sacies tu curiosidad, voy a referirte lo que pasó en Roma.

»Un día, después de haber comido, y cuando ya el sol declinaba, emprendimos con Bolívar paseo hacia el Monte Sacro (Sacrum Monte). El calor era tan intenso que nos agitamos en la marcha lo suficiente para llegar jadeantes y bañados de sudor. Llegados al mamelón, nos sentamos sobre un trozo de mármol blanco, resto de una columna destrozada por el tiempo. Yo tenía fijos los ojos sobre la fisonomía del adolescente, porque percibía en ella cierto aire de notable preocupación y concentrado pensamiento. Después de descansar un poco, y con la respiración más libre, Bolívar, con cierta solemnidad, que no olvidaré jamás, se puso de pie, y, como si estuviera solo, miró a todos los puntos del horizonte, y, a través de los amarillentos rayos del sol poniente, paseó su mirada escrutadora y fulgurante sobre la tumba de Cecilia Metella, sobre la Vía Apia y la campiña romana. Luego, levantando la voz, dijo:

»—¿Conque este es el pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano? Aquí todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miserias su cuna. Octavio se disfraza con el manto de la piedad pública para ocultar la suspicacia de su carácter y sus arrebatos sanguinarios; Bruto clava el puñal en el corazón de su protector, para reemplazar la tiranía de César con la suya propia; Antonio renuncia los derechos de su gloria para embarcarse en las galeras de una meretriz; sin proyectos de reforma, Sila degüella a sus compatriotas, y Tiberio, sombrío como la noche y depravado como el crimen, divide su tiempo entre la concupiscencia y la matanza. Por un Cincinato hubo cien Caracallas; por un Trajano, cien Calígulas, y por un Vespasiano, cien Claudias. Este pueblo dió para todo: severidad para los viejos tiempos; austeridad para la República; depravación para los emperadores; catacumbas para los cristianos; valor para conquistar el mundo entero; oradores para conmover, como Cicerón; poetas para seducir con su canto, como Virgilio; satíricos, como Juvenal; filósofos débiles, como Séneca; y ciudadanos íntegros como Colón; este pueblo dió para todos, menos para la causa de la humanidad: Mesalinas corrompidas, insignes guerreros, procónsules rapaces, sibaritas desenfrenados, aquilatadas virtudes y crímenes groseros; pero para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de la razón, bien poco, por no decir nada. La civilización que ha soplado del Oriente ha mostrado aquí todas sus faces, ha hecho ver todos sus elementos, mas en cuanto a resolver el gran problema del hombre en libertad, parece que el asunto ha sido desconocido y que el despejo de esa misteriosa incógnita no ha de verificarse sino en el Nuevo Mundo?

»Y luego, volviéndose hacia mí, húmedos los ojos, palpitante el pecho, enrojecido el rostro con una animación casi febril, me dijo:

»—Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos, juro por mi honor y juro por la patria, que no daré descanso a mis brazos, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español.

»—Tú sabes, hijo, agregó don Simón, que el muchacho cumplió su palabra»[1]....

[1] MANUEL URIBE ANGEL. *El Libertador, su ayo y su capellán. Libro del Centenario de Bolívar*. Bogotá, 1884.

Carta de Bolívar a su maestro don Simón Rodríguez

Pativilca, enero 17 de 1824.

¡Oh, mi maestro! ¡Oh, mi amigo! ¡Oh, mi Robinsón! Usted en Colombia, usted en Bogotá, y nada me ha dicho, nada me ha escrito! Sin duda es usted el hombre más... extraordinario del mundo. Podría usted merecer otros epítetos; pero no quiero dárselos, por no ser descortés al saludar a un huésped que viene del Viejo Mundo a visitar el Nuevo. Sí, a visitar su patria que ya no conoce..., que tenía olvidada; no en su corazón, sino en su memoria.

Nadie más que yo sabe lo que usted quiere a nuestra adorada Colombia. ¿Se acuerda usted cuando fuimos al Monte-Sacro, en Roma a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la Patria? Ciertamente no habrá usted olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; día que anticipó, por decirlo así, mi juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener. Usted, maestro mío, ¡cuánto debe de haberme contemplado de cerca, aunque colocado a tan remota distancia! Con qué avidez habrá usted seguido mis pasos, dirigidos muy anticipadamente por usted mismo! Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló. Usted fué mi piloto, aunque sentado sobre una de las playas de Europa.

No puede usted figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que usted me ha dado; no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado: siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles.

En fin, usted ha visto mi conducta; usted ha visto mis pensamientos escritos, mi alma pintada en el papel, y no habrá dejado de decirse: «¡Todo esto es mío! Yo sembré esta planta, yo la enderecé cuando tierna; ahora, robusta, fuerte y fructífera, he ahí sus frutos, ellos son míos; yo voy a saborearlos en el jardín que planté; voy a gozar de la sombra de sus brazos amigos; porque mi derecho es imprescriptible..., privativo a todo.»

Sí, mi amigo querido; usted está con nosotros; mil veces dichoso el día en que usted pisó las playas de Colombia. Un sabio, un justo más, corona la erguida cabeza de Colombia. Yo desespero por saber qué designios tiene usted, sobre todo; mi impaciencia es mortal; y no pudiendo estrecharlo en mis brazos, ya que no puedo yo volar hacia usted, hágalo usted hacia mí; no perderá usted nada. Contemplará usted con encanto la inmensa patria que tiene labrada en la roca del despotismo por el buril victorioso de los libertadores, de los hermanos de usted. No, no se saciaría la vista de usted delante de los cuadros, de los colosos, de los tesoros, de los secretos, de los prodigios que encierra y abarca esta soberbia Colombia. Venga usted al Chimborazo. Profane usted con su planta atrevida la escala de los titanes, la corona de la tierra, la almena inexpugnable del Universo Nuevo. Desde tan alto tenderá usted la vista, y, al observar el cielo y la tierra, admirando el pasmo de la creación terrena, podrá decir: «Dos eternidades me contemplan, la pasada y la que viene, y este trono de la Naturaleza, idéntico a su autor, será tan duradero, indestructible y eterno como el Padre del Universo.»

¿Desde dónde, pues, podrá usted decir otro tanto, erguidamente? Amigo de la Naturaleza, venga usted a preguntarle su edad, su vida y su esencia primitiva. Usted no ha visto en este mundo caduco más que las reliquias y los derechos de la próvida madre. Allá está encorvada bajo el peso de los años, de las enfermedades y del hálito pestífero de los hombres; aquí está doncella, inmaculada, hermosa, adornada por la mano misma del Creador. El tacto profano del hombre todavía no ha marchitado sus vivos atractivos, sus gracias maravillosas, sus virtudes intactas... Amigo: si tan irresistibles atractivos no impulsan a usted dar un vuelo rápido hacia mí, ocurriré a un epíteto más fuerte... La amistad invoco.

Presente usted esta carta al Vicepresidente; pídale usted dinero de mi parte, y venga a encontrarme.

Bolívar

(Cartas de Bolívar. *Edic. de R. Blanco-Fombona. Madrid. 1921*).

Bibliografía titular

(Se registran los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

Dos funcionarios laboriosos y competentes:

Jeptha B. Duncan, Secretario de Instrucción Pública de Panamá: *Educación y civismo*. Panamá. 1929.

José D. Crespo, Inspector Gral. de Enseñanza de Panamá: *Naturaleza original del ser humano*. Circular N.° 47.

———

Señalamos:

Jaime Torres Bodet: *La educación sentimental*. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. Con el escritor: Lista 25, Madrid.

———

Del autor:

Luis Bossano (Calle Imbabura N.° 12, Quito, Ecuador): *Apuntes acerca del regionalismo en el Ecuador*. Quito. 1929. Lo leeremos con interés, este ensayo.

———

Recibimos:

Como debe ser la llamada Ley Penal. Informe que expone a la consideración de la Cámara de Representantes el Dr. Moisés A. Vieites, asesor de su Comisión de Justicia y Códigos. Cuba, 1929.

———

El N.° 170 de la *Revue Hispanique* (New York, **The Hispanic Society of America)** que acabamos de recibir, contiene: Diego López de Haro: *Aviso para cuerdos.—Auto del Nacimiento de Christo nuestro Redentor.—Más sainetes inéditos* de don Rámón de la Cruz.

———

De la League of Nations: *Handbook of International Organisations*. Geneva, 1929.

———

Estos folletos:

Los libros, discurso por don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española Con estas letras:

Distinguido señor mío: Tengo el gusto de enviarle un ejemplar de mi discurso acerca de *Los Libros*, en cuyos preliminares trato de la conveniencia de estrechar más cada día las relaciones intelectuales entre España e Hispanoamérica, y doy, al efecto, las reglas a que ha de ajustarse la ***Exposición Permanente del Libro Hispanoamericano*** que pronto se ha de inaugurar en esta Biblioteca.

Espero de la notoria cultura de usted que desde las columnas de su periódico contribuya a esta importante obra de acercamiento y compenetración espiritual, y por ello le adelanta gracias cordialísimas su affmo. y s. s. q. e. s. m.,

Francisco Rodriguez Marín

———

Aspectos literarios de Amado Nervo, por José de J. Núñez y Domínguez. Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. México, D. F. 1929.

———

La escuela mexicana, discurso por el Lic. Ezequiel Padilla, Secretario de Educación. México. 1929.

———

Orientaciones de la estadística en México. conferencia por el Ing.° Juan D. Bohorquez, México, D. F. 1929.

———

Tres folletos de la Foreign Policy Association, New York, N. Y.:

The Palestine Conflict.— The Nanking Government.— The Pan-American Arbitration Treaty.

———

En la ***Colección Universal***, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, se han publicado estas obras:

Edgar Allán Poe: *Cuentos fantásticos* Trad. del inglés por Luis A. Santullano.

W. Shakespeare: *La tercera parte del Rey Enrique VI*. Historia. Trad. de inglés por Luis Astrana Marín.

W. Shakespeare: *Timón de Atenas*. Trad. del inglés por Luis Astrana Marín.

W. Shakespeare: *La segunda parte del Rey Enrique VI*. Historia. Trad. del inglés por Luis Astrana Marín.

Alejandro Dumas: *De París a Cádiz* Viaje por España. Tomos II y IV. Trad. del francés por R. Marquina.

———

Del editor ***Javier Morata***, Madrid:

Pablo Iglesias. Al servicio del pueblo. Rasgos de su vida íntima, contados por J. A. Melia, Madrid 1930.

———

Maixmo Gorki: *Los Romanoff*. Novela. Prologo y traducción de Cristobal de Castro. En las ediciones ***Mundo Latino***. Madrid.

———

Dos obras costarricenses de que nos ocuparemos con más extensión:

Modesto Martínez: *Heroes del campo*. Escenas y paisajes de la vida rural de Costa Rica. 1929. Talleres Gráficos de ***La Tribuna***. San José de Costa Rica.

Joaquín Fernández Montufar: *Vibraciones y recuerdos*. 1930. Imp. Alsina. San José de Costa Rica.

———

Las ***Vidas de españoles del siglo XIX***, editadas por Espasa-Calpe, S. A., Madrid, se enriquecen con el Núm. 5:

Riesgo y ventura del Duque de Osuna. (Ensayo biográfico) por Antonio Marichalar. Madrid. 1930.

———

De la ***Central de Ediciones y Publicaciones***, Marques de Cubas, 9. Madrid:

Vida de Grela Garbo por César Arconada. Ediciones ***Ulises***. Madrid. 1929.

———

De la ***Librairie Orientale y Americaine***, Maisonneuve Freres. 3, rue du Sabot, París VI:

Lucien Lehman: *Le Grand Mirage U. S. A.* De la serie ***Les Grandes Enquetes*** París.

Table des matieres:

Au seuil du pays. L' Amerique. Les hommes. Les femmes. Les negres. La religion. La prohibition. Le Cinema. La presse. Conclusion

———

De los autores:

Oscar Newfang (38 Circle Drive. Hastings —on—Hudson. New York. U. S. A.):

The United States of the World. A comparison between the League of Nation and the United States of America. G. P. Putnam's Sons. New York. 1930.

(Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas entregas.)

Tablero
1930

Anécdotas

Entre otros accidentes en la derrota del Pilar, me encontré de manos a boca con un escuadrón sanjuanino de *azules*. El trompa al reconocerme (iba prisionero):—«¡Ah! pícaro» —exclamó blandiendo el sable sobre mi cabeza—«te acordáis de los palos que me distes en Jachal!»... Vaya que esta vez la muerte se presentaba sin embargo. No creo que fuese artificio, sino respiro de aristócrata sin contestación;—Si vuelvo a ser tu jefe y cometes faltas, te he de dar otra paliza... El trompa era mulato y sido sirviente de Doña Martina Carril. Oyó al amo y no al jefe y tuvo miedo de levantar sobre él la mano... Agradezca... Y me salvé.

(Contada por ***Sarmiento*** en sus *Memorias*).

Se pretende que también se contó Teofrasto entre sus auditores, y que Demóstenes siempre le consideró como maestro suyo [1]. En efecto, como este último se retirara a un refugio para escapar de las manos de Antipater, prometiéndole la vida Arkhías—que Antipater había enviado a prenderle—a fin de inducirle a salir de su refugio, «¡No quiera Dios—dijo él—que después de oír acerca de la inmortalidad del alma a Xenócrates y a Platón, sea yo capaz de preferir una vida vergonzosa a una honrosa muerte!»

*(Vida de Platón, según **Fenelón**)*.

[1] Se alude a Platón.

Imprenta Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José C. R.